

Instituto Politécnico

Universidad Nacional de Rosario Universidad Nacional de

Universos narrativos

1º Año

Idioma Nacional I

Masterización: RECURSOS PEDAGÓGICOS

Cód. 2102-16

Jefa Dpto. Marisa Ponisio
Autoras: Ma. Celeste Gascón
Gabriela Grapatti
Marisa Ponisio



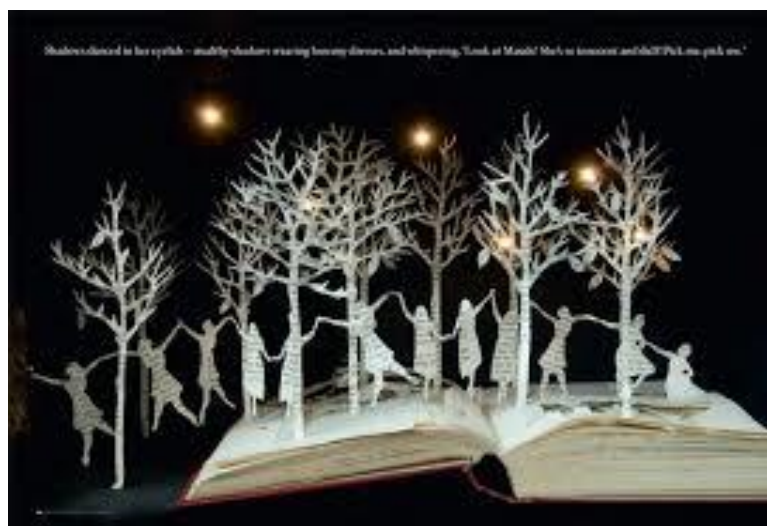
Dpto. de Idiomas



Universos narrativos

*"Nada se sabe, todo se imagina. Somos cuentos
contando cuentos, nada."*

Fernando Pessoa



marlaken.wordpress.com



Índice

El cuento	5
Elementos para el análisis del cuento	8
Autor, narrador y lector	8
Personaje	13
Marco	18
Secuencia de hechos	19
Tema	20
Consignas integradoras	22
Tipos de cuento	27
Realista	27
<i>El bochín</i> , Leónidas Barletta	29
<i>En el sur del mundo</i> , Sylvia Iparraguirre	31
Maravilloso	37
<i>El príncipe que se casó con una rana</i> , I. Calvino	39
<i>Los siete cuervos</i> , Jacob y Wilhem Grimm	41
Fantástico	46
<i>Suj, el sueño</i> , Laura Escudero	47
<i>El paisajista</i> , Anónimo	49
<i>La tejedora</i> , Marina Colasanti	50
<i>El abrazo frío</i> , Mary Elizabeth Braddon	53
Ciencia Ficción	61
<i>Asnos estúpidos</i> , Isaac Asimov	62
<i>El catador de vinos</i> , Emilio Rodríguez	64



El cuento

"Para mí, el cuento es esa luz que se bebe, ráfaga acotada entre ciertos límites y apresada de determinada manera; es una forma de prestidigitación, un pase de magia."

Mempo Giardinelli (pág. 47)

Para Jaime Rest, "el cuento es una pieza de ficción en prosa cuya brevedad permite leerla de un tirón, ininterrumpidamente". En Así se escribe un cuento, Mempo Giardinelli buscando una definición encuentra que el escritor Carlos Mastrángelo da la siguiente:

"1) Un cuento es una serie breve de incidentes; 2) de ciclo acabado y perfecto como un círculo; (...) 3) siendo muy esencial el argumento, el asunto o los incidentes en sí... [porque] en el cuento nos interesa solamente lo que está sucediendo y cómo terminará; (...) 4) trabados éstos en una única e ininterrumpida ilación; 5) sin grandes intervalos de tiempo ni de espacio; 6) rematados por un final imprevisto, adecuado y natural."

Se diferencia de la novela por:

- ✓ *La brevedad: el término cuento evoca de inmediato la idea de un relato en prosa cuya característica primera y más sensible es la brevedad.*
- ✓ *En el cuento se relata un único hecho, sin interpolaciones ni episodios laterales, pues lo fundamental es que la acción fluya continuamente hasta llegar al final.*
- ✓ *Índole de sus argumentos: el cuento escoge sus temas entre aquellos cuyas crisis, por su rapidez, exigen la brevedad. La situación narrada, el asunto, ha de ser sencillo y apasionante a la vez. La trama no ha de pecar jamás de enmarañada como si se tratara de la síntesis de una novela. En un cuento logrado, los tres*

tiempos de la perspectiva tradicional, exposición, nudo y desenlace, están tan apretados que se reducen prácticamente a uno solo.

- ✓ *Estilo: el cuento es ante todo argumento: no admite digresiones, ni elementos gratuitos ni meramente decorativos. El cuentista no puede proceder acumulando personajes secundarios, descripciones, acciones laterales, caracterizaciones psicológicas demasiado prolijas, etcétera: debe trabajar en profundidad e intensidad. El tiempo y el espacio del cuento deben estar condensados.*

En la técnica del cuento los recursos que intervienen habitualmente en la narración se utilizan de manera muy particular:

- ✓ *Descripciones: si el tema del cuento exige la inclusión de una descripción paisajística, ésta no debe incorporarse como un elemento que entorpezca o detenga el curso de la acción, sino integrada de tal modo en la trama que sea uno de sus componentes imprescindibles.*
- ✓ *Diálogo: en la novela el diálogo es de fundamental importancia y sirve, por lo general, para darnos a conocer la psicología de los personajes. En el cuento se utiliza con la misma finalidad, pero como el narrador no dispone de igual extensión, depende, como en las descripciones, de la trama o argumento y debe ser breve y compacto, evitándose todo diálogo lento y divagatorio.*
- ✓ *Tiempo: el tiempo, ingrediente esencial de la novela, lo es también del cuento, aunque su tratamiento difiera y aun se oponga al que recibe en el género narrativo extenso. En el cuento el tiempo es sentido más como un límite que como libertad. La fluencia temporal ha de ser rápida y decisiva, sin demoras de*



ninguna especie, ya sea que se relate un breve suceso o que se condensen años y años en pocas páginas.

- ✓ *Estructura:* el cuento se caracteriza por su forma cerrada, en oposición a la estructura abierta de la novela. Todos los elementos de un buen cuento tienden a lograr un efecto único, un impacto certero en el lector, todos convergen decididamente hacia el desenlace, en el cual se integran sin dejar cabos sueltos ni brechas abiertas en el universo creado por el relato.

El escritor Horacio Quiroga ha condensado en su "Decálogo del perfecto cuentista" las características esenciales del género. Se transcriben a continuación los puntos principales de dicho decálogo:

- ✓ No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la misma importancia que las tres últimas.
- ✓ Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: "desde el río soplaba un viento frío", no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla.
- ✓ No adjectives sin necesidad. Inútiles serán cuantas cosas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él, solo, tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.
- ✓ Toma a los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que te trazaste.

Elementos para el análisis del cuento

Hay varios elementos que se deben tener en cuenta a la hora de analizar un cuento.

Autor, narrador y lector

El autor de una obra literaria es la persona que escribe. De él se puede saber en qué año nació, dónde pasó su infancia, qué tipo de literatura escribe, a qué movimiento artístico adhiere, etc.

Si se leen varias obras de un mismo autor, se puede pensar cuál es la imagen de escritor que los lectores se forman de él y cómo es su estilo de escritura. La imagen de escritor es esa interpretación que los lectores pueden hacer acerca de cómo mira la realidad el autor. El estilo de escritura consiste en los procedimientos, los tipos de narradores, los géneros discursivos, etc. que utiliza el autor en el momento de su práctica escrituraria. Por ejemplo, si se leen varios textos de Liliana Bodoc, los lectores podrán percibir de qué manera algunos temas como la injusticia, el amor, la búsqueda de la libertad y de la igualdad, atraviesan su escritura. Esta escritora en una entrevista con la revista Imaginaria confiesa: "Escribo porque siento que es lo mejor que sé hacer. Es mi manera de participar en la protesta frente a tanta injusticia y tanto horror. La literatura es mucho más poderosa que el panfleto." Además, su escritura aparece entrelazada por el lenguaje poético.

El narrador es una categoría ficcional creada por el escritor. Por lo tanto, el narrador no es el autor. El narrador es la voz que nos narra la historia.

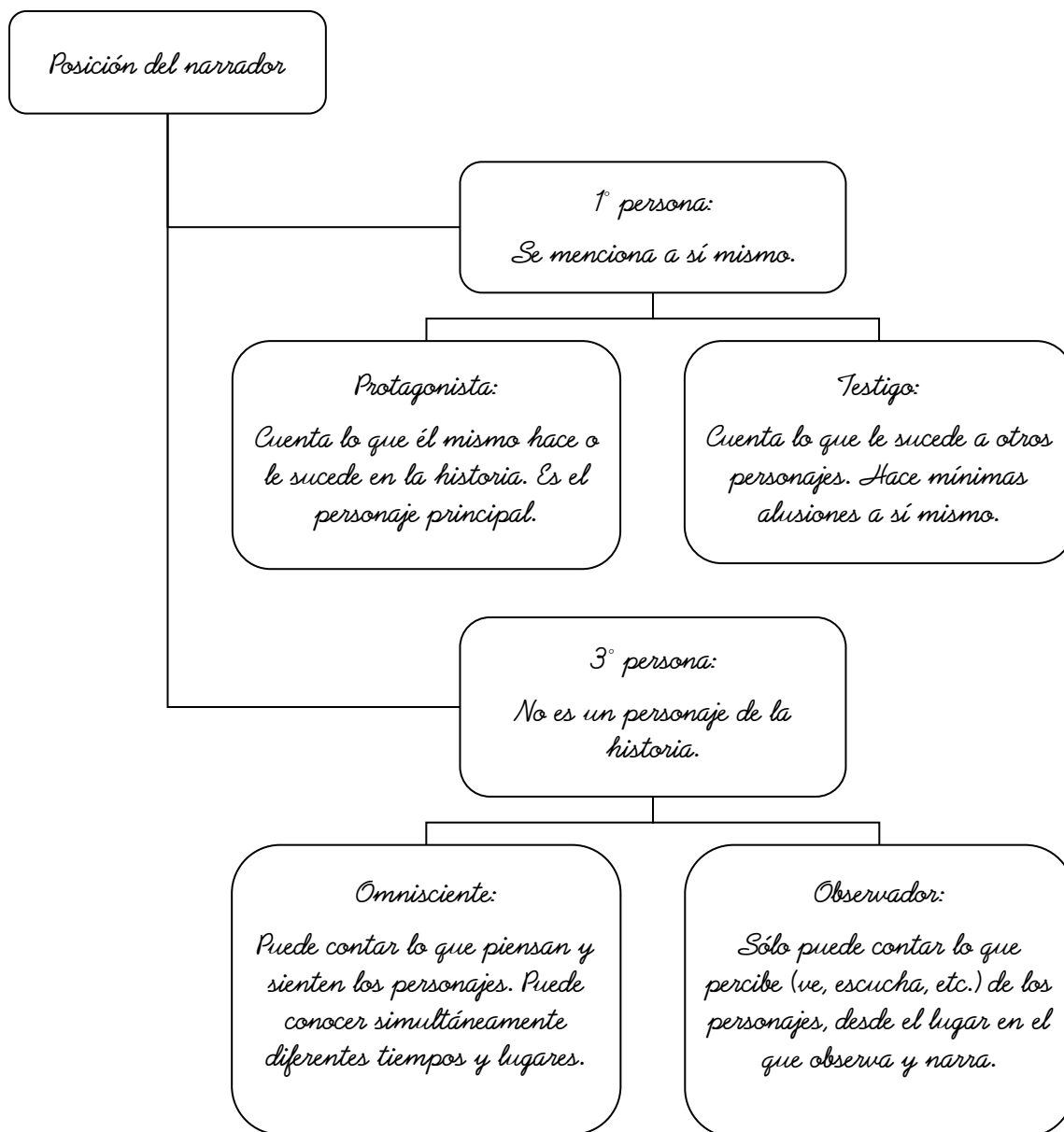
Por ejemplo, en el cuento "Reinas" el autor es un escritor argentino llamado Juan José Hernández y la voz que relata la historia, es decir, la narradora es una niña o una joven que está enamorada de un varón llamado Armando: "(...) Gracias a esa enfermedad,



no voy a la escuela. Armando me visita por las tardes; me cuenta el argumento de una película, jugamos al ludo, a las cartas. Antes de que llegue, busco el espejo que guardo en la mesa de luz y ensayo una expresión inspirada en la imagen de una mártir... Quiero que Armando se compadezca. Le he mencionado que la gran ilusión de mi vida era estudiar danzas clásicas, y por poco se pone a llorar. Armando es muy sensible. (...)"

El lector es quien termina de darle sentido al texto. No todos los lectores leen de la misma manera. Cada uno se detendrá en lo que le haya resultado más significativo o llamativo del texto que lee y hará una lectura singular y personal. Abrirá las puertas de su camino lector atravesado por su subjetividad. Por lo tanto, no existe una única lectura de los textos literarios que se cierre en sí misma. A la subjetividad de cada lector, habría que agregarle la multiplicidad de lecturas que todo texto literario habilita. Sin embargo, esas diferentes interpretaciones no significan que cualquier sentido sea válido o que la lectura sea una actividad superficial. Los textos literarios dialogan con los lectores pero también los incomodan, los desacomodan, los invitan a repensar una lectura posible, los retan a buscar nuevos caminos.

El narrador, esa voz ficcional, puede aparecer en distintas personas y posiciones. Según la persona gramatical en que aparece y lo que sabe sobre los personajes, se clasifica en:



Un ejemplo de análisis del narrador:

Para Sherlock Holmes ella es siempre LA mujer. Rara vez lo escuché referirse a ella con otro nombre. En su opinión, ella eclipsa* y es superior a todas las mujeres. Y no porque sintiera ninguna emoción parecida al amor por Irene Adler. A él no le gustaban las emociones. Todas las emociones, y ésa en particular, eran repugnantes para su mente fría, precisa y admirablemente bien equilibrada. Él era, supongo, la máquina de razonar y observar más perfecta



del mundo, pero como amante, él se hubiera puesto a sí mismo en una situación comprometida. Él no tenía sentimientos intensos, y cuando hablaba de ellos, sonreía de una forma poco agradable.

Arthur Conan Doyle: "Escándalo en Bohemia"

*Eclipsar: Ensombrecer o deslucir la importancia de una persona o cosa.

Análisis de la persona y posición del narrador: 1ra persona Testigo.

Justificación: los verbos en 1ª. Persona (escuché, supongo) se refieren a un narrador que cuenta, desde su punto de vista, no lo que le sucede a él, sino lo que le pasa a otro personaje (a Sherlock Holmes); como se evidencia en los verbos en 3ª persona, en los pronombres personales él, le y en el adjetivo posesivo su.

Consignas:

- 1) Indica la persona y posición del narrador en los siguientes fragmentos.
- 2) Subraya las palabras o expresiones que te permitieron reconocerlo.

a) El hombre acababa de limpiar la quinta calle del bananal con su machete*. Faltábanle aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas* y malvas* silvestres, la tarea que tenía por delante era muy poca cosa. El hombre echó, en consecuencia, una mirada satisfecha a los arbustos rozados* y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla. Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Horacio Quiroga: "El hombre muerto"

*machete: cuchillo grande que sirve para desmontar, cortar la caña de azúcar y otros usos.

*chircas: árbol de regular tamaño, de madera dura, hoja áspera, flores amarillas y fruto.

*Malva: planta con tallo áspero, ramoso, casi erguido, hojas largos, flores moradas y frutos.

*rozar: limpiar bien las tierras de las matas y hierbas inútiles antes de labrarlas.

Narrador: _____

b) Después del almuerzo hubiera querido quedarme en mi cuarto leyendo, pero papá y mamá vinieron casi enseguida a decirme que esa tarde tenía que llevarlo de paseo.

Idioma Nacional

Lo primero que contesté fue que no, que lo llevara otro, que por favor me dejaran estudiar en mi cuarto. Iba a decirles otras cosas, explicarles por qué no me gustaba tener que salir con él, pero papá dio un paso adelante y se puso a mirarme en esa forma que no puedo resistir, me clava los ojos y yo siento que se me van entrando cada vez más hondo en la cara, hasta que estoy a punto de gritar y tengo que darme vuelta y decir que sí, que claro, enseguida.

Julio Cortázar: "Después del almuerzo"

Narrador: _____

c) Tomó el papel con ademán airado, y en el momento de estrujarlo, su vista se fijó en el dibujo y sus ojos nunca se apartaron de él. En un momento su rostro pasó de un color rojo intenso a una palidez cadavérica. Durante algunos minutos, sin moverse de su sitio, continuó examinando el dibujo prolijamente. Por último levantóse, tomó una bujía de la mesa, y fue a sentarse sobre un cofre, al otro extremo de la sala.

Edgar Alan Poe: "El escarabajo de oro"

Narrador: _____

d) Birch quedó impedido y cambió de ocupación en 1881, si bien nunca hablaba del asunto si podía evitarlo. Tampoco lo hacía su antiguo médico, el doctor Davis, que murió hace años. En general, quedó establecido que su dolencia y su trastorno fueron resultados de un desafortunado error por el cual Birch se había quedado encerrado durante nueve horas en un panteón del cementerio de Peck Valley, del que sólo pudo escapar gracias a unos medios mecánicos muy burdos; pero mientras que esto era indudablemente cierto, hubo otras cosas más negras que el hombre solía susurrarme en su delirio de borracho hacia el final de su vida.

Howard Phillips Lovecraft: "En la cripta"

Narrador: _____

e) Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.



Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y arroyos secos. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza. Pero el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca. Hemos venido caminando desde el amanecer. Ahorita son algo así como las cuatro de la tarde.

Juan Rulfo: "Nos han dado la tierra"

Narrador _____

- 3) Pasa el ejemplo "a" a primera persona protagonista.
- 4) Reescribe el fragmento c con un narrador en tercera persona omnisciente.

Personaje

Es el hilo conductor del relato dado que éste se va transformando a medida que el personaje impone sus comportamientos. Es una criatura de papel, resultado de un conjunto de palabras: lo que el narrador y los demás personajes dicen de él, y lo que él dice de sí mismo y hace a lo largo de la narración.

Cada personaje se puede dar a conocer a través de:

- ✓ *Las características que el narrador da acerca de ellos*
- ✓ *Las acciones que el narrador cuenta que ellos hacen*
- ✓ *La descripción que ellos hacen de sí mismos*
- ✓ *La descripción que otros personajes hacen de ellos*

Según la importancia del papel que asumen en el relato, los personajes pueden intervenir en la historia como:

- ✓ *Principales o protagonistas: tienen el mayor número de relaciones con los personajes restantes.*
- ✓ *Secundarios: permanecen en un segundo plano con respecto al principal y suelen existir gracias a éste como contrapunto (la relación entre ambos es de contraste u oposición), como su complemento (son personajes dependientes uno de otro, se complementan), o como ajenos al principal (puede que el personaje principal ni siquiera tenga noticias de su existencia). Aunque tiene menor importancia que los protagonistas, también son imprescindibles para el desarrollo de los hechos.*

Un ejemplo de análisis de personaje:

Ulises fue compañero mío, en la escuela, cuando pasé del jardín de infantes a primer grado. Tenía seis años, uno menos que yo, pero parecía mucho mayor; la cara cubierta de arrugas (tal vez porque hacía muecas), dos o tres canas, los ojos hinchados, dos muelas postizas y anteojos para leer, lo convertían en un viejo. Yo lo quería porque era inteligente y conocía muchos juegos, canciones y secretos que sólo saben las personas mayores. La maestra no sentía por él ninguna simpatía; decía que era muy consentido y mentiroso; yo sé que un día lo encontró fumando en la calle, y sospecho que ésta era la verdadera causa de su desaprobación. Aunque yo pensara que mi maestra era demasiado severa, debí reconocer a la larga que Ulises contaba cosas muy extrañas, que no parecían ciertas, y llegué en algún momento a creer que era lo que vulgarmente se llama un mentiroso. A mediodía, pues asistíamos al turno de la mañana, iba a buscarlo una mujer distinta, o que me parecía distinta; poco a poco fui individualizando a cada una de estas mujeres, que en definitiva eran tres (...)

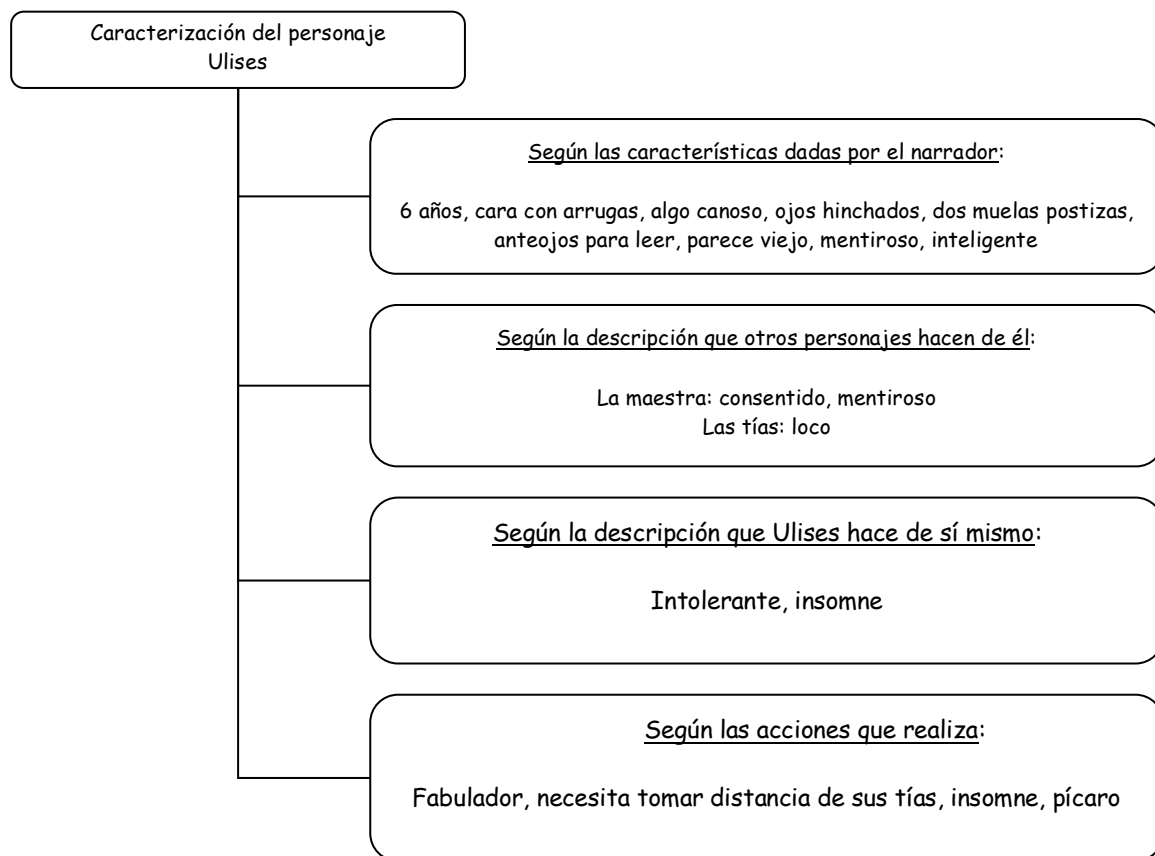
- ¿Son buenas tus tías? -le pregunté un día a Ulises.

- Son bulliciosas -me contestó-. No lo creerás. No tolero sus voces chillonas. Acabo el día casi siempre con dolor de cabeza, por eso uso anteojos (no porque tenga astigmatismo como dicen ellas). Además rompen todo, porque andan a los golpes saltando como cabras por la casa. A veces me encierro en el cuarto de baño para no oírlas (...) Después de todo, no me preocupo porque son



locas, aunque digan que soy yo el loco. De noche me desvelo de tanto oír decir: "Si no te dormís vas a tener cara de viejo". Termino por no dormir y sufro de insomnio. Entonces me levanto y en puntillas entro en el cuarto de la Laucha -así llamaba a la menor de las trillizas- y le robo de la mesa de luz un somnífero asqueroso.

Silvina Ocampo: "Ulises"



Consignas:

5) Caracteriza al personaje Livio Roca según se indica a continuación:

Era alto, moreno y callado. Nunca lo vi reír ni darse prisa para nada. Sus ojos castaños nunca miraban de frente. Llevaba un pañuelito atado al cuello y un cigarrillo entre los labios. Se llamaba Livio Roca, pero lo llamaban Sordeli, porque decían que siempre se hacía el sordo. Era haragán, pero en sus

Idioma Nacional

ratos de ocio (pues consideraba que no hacer nada no era haraganear) componía relojes que nunca devolvía a sus dueños. En cuanto podía, yo me escapaba para visitar a Livio Roca. Lo conocí durante las vacaciones, cuando íbamos a veranear a Cacharí, un día de enero. Yo tenía nueve años. Siempre fue el más pobre de la familia, el "más infeliz" decían los parientes. Vivía en una casa que era como un vagón de tren. Amaba a Clemencia; era tal vez su único consuelo...

Silvina Ocampo: "Livio Roca"

- ✓ Las características que menciona el narrador:

- ✓ La descripción que otros hacen de él:

- ✓ Las acciones que realiza:

6) Caracteriza al personaje O'Hara según se indica a continuación:

El chico al que más tarde llamaron el Gato apareció sin anuncio ni presentaciones contra la pared norte del patio, durante el último recreo anterior a la cena. Nadie sabía desde cuándo estaba acurrucado junto a la ventana de la galería que comunicaba a los claustros*. En realidad, allí no tenía nada que hacer, porque era a fines de abril y las clases habían estado funcionando un mes entero, devorando la última luz del fastidioso otoño interrumpido por largos y aburridos períodos de lluvia. Estaba oscureciendo y el patio era muy grande, consumía el corazón mismo del enorme edificio erigido* en los años diez por piadosas damas irlandesas. La penumbra, pues, y el vasto espacio que ni siquiera treinta pupilos* entregados a sus juegos podían empequeñecer, explican que nadie lo viera antes. Eso, y la propia



naturaleza oculta del recién venido, que lo impulsaba a permanecer distante y camuflado*, con su cara gris y su guardapolvo gris contra el borrón de la pared más alejada del comedor (...) lo primero que dijo Mulligan, que parecía mandar al grupo, fue: -Eh, parece un gato -y cuando hubo obtenido la razonable cuota de reconocimiento y de risa, el sobrenombre quedó pegado para siempre al chico que desde entonces llamaron el Gato (...) cuando estuvo así marcado y al fin sabiendo lo que era, alguien, que podía ser Carmody, Delaney o Murtagh, dijo: -¿Cómo te llamás, pibe?

Marcaron el terreno, firme para ellos y para él, desconocido. El Gato pudo sospechar que una pregunta tan sencilla tenía un sentido oculto, y por lo tanto no era en absoluto una pregunta sencilla, sino una pregunta muy vital que lo cuestionaba entero y que debía meditar antes de responder.

-Me llamo O'Hara.

-Bueno, Gato... -dijo Mulligan- lo único que tenés que hacer ahora es pelear con uno de nosotros.

-No quiero pelear -repuso el Gato- estoy cansado. Déjenme solo; no quiero pelear con nadie.

Rodolfo Walsh: "Irlandeses detrás de un gato"

*claustro: Galería que cerca el patio principal de una iglesia o convento.

*erigir: Fundar, instituir o levantar.

*pupilo: Huérfano menor de edad, respecto de su tutor, que se hospeda en alguna institución.

*camuflar: Disimular dando a algo el aspecto de otra cosa.

✓ Las características que menciona el narrador:

✓ Las acciones que él realiza:

✓ La percepción que los demás alumnos tienen de él:

- ✓ La descripción que él hace de sí mismo:
-

Marco

El marco en el que se desarrolla una historia puede ser analizado teniendo en cuenta tres aspectos:

Los personajes es uno de ellos. Son seres ficticios que el lector va conociendo a través de una serie de informaciones proporcionadas por el narrador.

Otro aspecto es la identificación del espacio, es decir, el lugar en el que se desarrolla la acción y su relación con los acontecimientos.

Por último, el análisis del tiempo en el que transcurre la acción es fundamental a la hora de leer e interpretar una narración. A veces, en un relato, los lectores pueden identificar alguna de las tres instancias que se enuncian a continuación o los tres a la vez:

- ✓ *La época es el momento histórico en que transcurren los hechos (siglo, año, etc.) y su relación con los mismos. Puede ser explícita, como por ejemplo: "Al anochecer de una tarde oscura y tormentosa en el otoño de 18...". O puede estar implícita y se deduce de la descripción de los ambientes, la vestimenta de la gente, sus costumbres, sus medios de transporte, como por ejemplo: "Hosmer vino a buscarnos en un carruaje de dos plazas, pero, como éramos dos, nos puso a ambas en éste, y él tomó uno cubierto, que era el único carruaje que había en la calle además del nuestro.*
- ✓ *El tiempo exterior es el lapso de tiempo en el que transcurren los sucesos narrados, es decir, en cuánto tiempo transcurre la historia. Por ejemplo, los acontecimientos pueden suceder en un par de horas, un día, algunos meses o años.*



- ✓ *El tiempo interior es cómo percibe el personaje el paso del tiempo. Puede ser que la percepción sea más lenta que el tiempo exterior; por ejemplo: "Habían pasado tan sólo diez minutos; pero para ella había sido una eternidad." O puede suceder que por el contrario, esa percepción sea más acelerada que el tiempo exterior; por ejemplo: "Habían pasado diez minutos; pero para ella sólo habían sido unos segundos."*

Para caracterizar a los tres aspectos del marco, generalmente se recurre a las descripciones. Estas pueden ser de dos tipos:

- ✓ *Descripción decorativa: Crea la ilusión de que lo que se enuncia es real; genera una pausa (remanso, detenimiento) entre los acontecimientos del relato; por eso sirve de relleno y expande la narración.*
- ✓ *Descripción funcional: Revela un carácter (a veces una atmósfera), compone la psicología de los personajes y de su época para vincularlos directamente con los acontecimientos del relato; por eso su significado es implícito*

Secuencia de hechos

Toda narración cuenta una serie de acontecimientos que se suceden en el tiempo. La secuencia narrativa es el orden en el que el escritor eligió presentar esos acontecimientos a través de la voz del narrador. Es la serie de acciones principales del relato que establecen entre sí una relación de orden temporal, es decir, un hecho ocurre después de otro; además, establecen una relación de orden lógico, esto significa que un hecho es la causa de otro que es su consecuencia.

La secuencia narrativa puede coincidir con la secuencia cronológica, es decir, con el orden en que las acciones se desarrollan en la línea del tiempo. Si por el contrario, no coincide con la secuencia cronológica, la secuencia narrativa tiene un orden libre. Dicho de otra manera, el escritor puede invertir el orden de los hechos, comenzar por el conflicto, intercalar otras historias entre la principal, etc. En este caso, los sucesos son narrados en el orden que mejor le convenga al hilo del relato. El orden de una narración depende de cuál sea el foco considerado de mayor interés:

- ✓ *Si interesa conocer el desenlace de unos acontecimientos, la narración seguirá un orden cronológico desde los primeros hasta los últimos sucesos.*
- ✓ *Si lo que interesa no es el desenlace, sino las circunstancias que llevaron al desenlace, la narración puede comenzar por los últimos sucesos para después dar un salto al pasado y narrar el resto de la historia desde el principio. Esta manera de presentar los hechos en el tiempo se denomina racconto.*
- ✓ *Si lo que interesa es tanto el desenlace como el comienzo de lo narrado, se puede empezar la narración en un punto intermedio de la historia, para después intercalar los acontecimientos anteriores y/o posteriores al punto de arranque. Estas técnicas narrativas se denominan respectivamente flashback (escena del pasado) y flashforward (escena del futuro).*

Tema

Es la idea central del relato, aquello de lo que se habla, directa o indirectamente, mientras se cuenta la historia. Es una idea abstracta que se puede deducir luego de sacarle al cuento el ropaje de la secuencia de hechos.



A menudo, coincide con valores, ideales, problemáticas propias de la condición humana: el amor, la libertad, los interrogantes que plantea la muerte, los conflictos generacionales, la injusticia social, la guerra, el sentido de la vida, el aprendizaje, los celos, la envidia, el desarraigo, entre otros. Estas son preocupaciones permanentes del hombre porque tienen que ver con la esencia de la humanidad. La mayoría de las personas se enamoran, aman la vida, sienten celos, buscan un sentido a su quehacer cotidiano, desean ser libres, sienten incertidumbre por el momento de su muerte... Por ello, es posible universalizar estos sentimientos.

El tema puede aparecer explícitamente en el relato, mediante referencias directas, o estar implícito y mediante referencias indirectas. A menudo ocurre en los cuentos que bajo un tema secundario subyace el tema central y al lector le corresponde advertirlo y poder formularlo.

Entonces, el tema es una abstracción que hace el lector una vez que ha comprendido totalmente el cuento y la manera de enunciarlo es con una oración unimembre nominal (OUN).

Consignas integradoras:

El libro

Debía poseer el libro. Como escritor, le era imprescindible tenerlo. El maldito librero anticuario ponía un precio obscenamente alto, en dólares, en euros. Ni siquiera se molestaba en mencionar la equivalencia en pesos: debía suponer que ningún cliente local se lo compraría. Esos precios no están al alcance de un escritor sudamericano. Pero el deseo de tener el libro no lo dejaba en paz. Podía haberlo buscado en alguna biblioteca, podía haberlo fotocopiado, pero nada de eso servía frente al deseo candente de llegar a la posesión de ese ejemplar, el único que había aparecido en el reducido mercado de los anticuarios en varios años.

Por fin lo consiguió. A espaldas de su mujer manipuló presupuestos y compromisos, sustrajo algunas cosas, extravió otras. Reunió la suma requerida, fue a una casa de cambio, compró los dólares que el librero exigía. Adquirió el libro y se lo llevó escondido entre sus ropas, como si lo hubiera robado. Por suerte, cuando llegó a su casa su mujer no estaba.

En un rincón del jardín armó una pequeña fogata y entregó el modesto volumen a las llamas. Luego pisoteó las cenizas y las mezcló con la arena. Con un suspiro de alivio, comprobó que el último ejemplar de su primer libro había desaparecido para siempre.

David Lagmanovich: *Casi el silencio*.

- 1) Indica la posición del narrador. Fundamenta con un ejemplo extraído del cuento.
- 2) Menciona cuatro características del protagonista según las acciones que él realiza.
 - a) Arma la secuencia narrativa.
 - b) ¿Esa Secuencia narrativa coincide con la secuencia cronológica? Fundamenta tu respuesta.



El Rey de la Cumbre

Inició el ascenso, la mirada clavada en la cima. Había estudiado las rutas posibles: la normal, que no ofrecía nuevos desafíos; y la que por fin tomó -la lateral-, debido a que su ladera de hierros y maderas cruzadas era la más exigente. Poco a poco, las cumbres cercanas se empequeñecían, empujadas por él hacia abajo. El panorama se desplegó: un amanecer en abanico. Desde allí controlaba todo lo que su vista podía abarcar. En ese instante dejó de ser niño, dejó de ser hombre: contemplaba la libertad desde sus ojos. Estaba en la cima, había encontrado el lugar elegido. Se preguntó -y supo que la incógnita se repetiría muchas veces en su historia-: "¿Siempre es mejor estar más arriba?".

Y llegó el momento del descenso, de volver al plano acostumbrado, a los pasos seguros, al paisaje conocido. Sólo debía decidir cómo provocar a la ladera en el declive final. Optó por acostarse y sentir al ras esa brisa constante en la cara.

Y su inspiración perduró hasta que aterrizó de panza en el arenero.

Se levantó, se sacudió. Como un exitoso escalador se despidió de esa montaña. No veía en ella hierros y madera. Sí rocas, sí nieve, el vértigo de las alturas.

Mientras se alejaba, sonreía con orgullo. Invitaba al resto de los juegos a que lo reverenciaran como a quien era: el Rey de la Cumbre de la Plaza.

Fabián Zaionz: *En frasco chico*.

- 1) Clasifica el tipo de cuento. Fundamenta con dos características y ejemplos del texto.
- 2) Analiza la persona y posición del narrador. Justifica con un ejemplo.
- 3) Describe al protagonista por lo que hace.
- 4) Arma la secuencia narrativa.
- 5) Enuncia el tema del cuento.
- 6) Extrae la oración que indica que el protagonista se está tirando de un tobogán.
- 7) ¿Qué recursos expresivos son las expresiones que aparecen resaltadas en negrita? ¿A qué y/o a quién hacen referencia? Como un exitoso escalador se despidió de esa montaña.
- 8) Explica el significado de las siguientes expresiones:
 - contemplaba la libertad desde sus ojos
 - El Rey de la Cumbre

El eclipse

Cuando el fraile español Bartolomé Arrasola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos donde el rey Carlos V condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impassible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles¹. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. **Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.**

- Si me matáis -les dijo- puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo una pequeña asamblea, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

.....

Dos horas después el corazón del fraile chorreaba sangre vehementemente sobre la piedra de los sacrificio (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Augusto Monterroso

^[1] Aristóteles: Filósofo griego que clasificó la ciencia, creó la metafísica y la lógica, estudió el movimiento de los cuerpos.

- 1) Clasifica el tipo de cuento. Fundamenta con una característica y un ejemplo del texto.
- 2) Analiza la posición del narrador. Fundamenta con un ejemplo.
- 3) Indica el lugar y la época en que se desarrollan los hechos.
- 4) Por lo que cada uno de ellos hace:
 - a) ¿cómo es el fraile Bartolomé Arrasola?
 - b) ¿cómo son los indígenas?
- 5) Explica el sentido que cobra en el contexto del cuento la oración destacada en negrita.
- 6) ¿Qué función crees que cumple la línea de puntos que separa el desenlace del resto del cuento?



El Sofá

El gerente del Astoria Hotel encargó al ebanista Sergio un sofá especial: tenía que caber exactamente en el hueco de cierta pared.

Fue al hotel para tomar las medidas y se enteró de que el sofá decoraría la habitación reservada para una pareja ejemplar.

-Seré curioso: ¿quiénes son?

-Dos artistas de los nuestros, que han triunfado en Norteamérica -le informó el gerente-. Vienen el viernes 27 para el festival de cine. Bobby Weston y Linda Croce.

Sergio se puso pálido. Cinco años atrás Linda, su antigua mujer, se había escapado con Bobby, un amigo de los tiempos del colegio. Cuando quiso alcanzarlos se interpuso el taller: tuvo que quedarse en Buenos Aires, atendiendo su oficio manual, mientras ellos, los románticos, huían a Hollywood. **Ahora volvían famosos, en una visita fugaz como un relámpago de oro.** ¡Y él, burlado y fracasado, debía adornarles el nido!

Aceptó su fiero destino.

Le dieron la llave y lo dejaron solo. Subió a la lujosa cámara y tomó las medidas. Cosa de minutos, pero se demoró meditando. Premeditando, más bien. Imprimió sobre un trozo de masilla el perfil de la llave, se familiarizó con las entradas y salidas del hotel y se retiró con un plan perfecto para asesinar a los traidores.

Al construir el sofá dejó, debajo del asiento, una cavidad donde él pudiera acomodarse. A fin de que los cargadores, en el momento de transportar el mueble con él adentro, no reparasen en el exceso de peso, seleccionó maderas y metales livianos para el armazón y gomapluma para los rellenos. A un costado disimuló una mirilla. Se tocaba un resorte, se abría un escotillón* y él se deslizaba fuera del sofá. Lo demás sería fácil. Esperaría a que estuvieran dormidos, asestaría una puñalada en cada corazón y, con la llave que se había mandado hacer, tranquilamente se marcharía.

El jueves 26 llamó al aprendiz y le dijo:

-Esta tarde vendrán los changadores a llevarse el sofá. Yo no estaré, así que usted se va en el camión con ellos y coloca el sofá donde ya sabe. Ahora váyase a comer.

A la tarde se llevaron el sofá, con Sergio adentro, y lo encajaron en el hueco de la pared.

Por la noche, a través de la mirilla, Sergio vio entrar a Linda y a Bobby, radiantes de felicidad. Al oírlos en la cama comprendió que nunca antes había padecido, que sólo en ese momento empezaba a padecer. Aguardó hasta que cayeron dormidos. ¡Ahora, por fin, la venganza! Tocó el resorte pero ¡maldición! No funcionó. ¡Cómo podía ser, si innumerables veces lo había probado, siempre con éxito!

Inútil, inútil. Se sintió atrapado en el sofá como un cataléptico* que despierta en un ataúd. Oscuridad, silencio, quietud... Al rato movió un brazo. El espacio le pareció más holgado. Después advirtió que podía recoger las rodillas, cambiar de posición. Cada vez se veía más. El acero del puñal clareaba a lo lejos como un horizonte en el alba. Ahora descubrió la arquitectura interior del sillón. Se arrastró boca abajo. El espacio seguía expandiéndose. Viajó por grutas, puentes, castillos. Conoció la ciudad de los

elásticos y por una arandela de aluminio desembocó en un campo de forros y entretelas. De pronto se encendió la luz. Por una rendija vio que Linda, descalza iba al baño. Sergio se dejó caer por la rendija y con toda la velocidad que sus patitas le permitían corrió sobre la alfombra. Linda lanzó un grito de asco:

-¡Una cucaracha!

Bobby se estiró desde la cama y de un zapatazo lo aplastó.

Enrique Anderson Imbert: *Palabras escritas para vos.*

*Escotillón: Puerta o trampa cerradiza en el suelo.

*Cataléptico: Que padece de accidentes nerviosos repentinos, en los que se suspenden las sensaciones y se inmoviliza el cuerpo.

- 1) Indica la persona y posición del narrador. Justifica con un ejemplo.
- 2) Analiza el marco en el que se desarrolla el cuento.
- 3) Describe a los siguientes personajes según las características que el narrador da de ellos:
 - a) el protagonista
 - b) los amantes
- 4) Arma la secuencia narrativa.
- 5) ¿Por qué podemos afirmar que uno de los temas del cuento es la venganza?
- 6) Relee la oración destacada en negrita. ¿Qué recurso expresivo predomina allí? Explica el sentido que adquieren esas palabras.
- 7) Teniendo en cuenta el sentido general del cuento, explica el significado de la siguiente oración:
Aceptó su fiero destino.
- 8) *Producción:* Escribe otro desenlace para el cuento El Sofá a partir del siguiente momento del relato: "Aguardó hasta que cayeron dormidos. ¡Ahora, por fin, la venganza! (...)"
Atención: Menciona cómo se sentía el narrador. Incluye recursos expresivos para enriquecer tu producción.



Tipos de cuento

El cuento realista

El hombre siempre testimonió y reflejó en sus expresiones de arte la realidad circundante.

El realismo como posición estética recién se configura a fines del siglo XIX. Se origina en la observación de las tradiciones y costumbres de los pueblos y, por ser una manifestación objetiva de la realidad, se expresa preferentemente en las formas de la narrativa, como la novela y el cuento.

Sin embargo, el modo o técnica de representación de la realidad ha evolucionado a través de los tiempos. El realismo literario del siglo XIX consideraba el arte como espejo de lo cotidiano, partía de la observación directa del mundo en torno e intentaba reflejarlo objetivamente en su obra. Por ello sus temas eran la rutina y lo trivial de la existencia del hombre y el recurso predilecto de la descripción. Hay que destacar, sin embargo, que la copia fiel de la realidad es imposible por la multiplicidad y complejidad de la misma. El artista debía entonces seleccionar algunos elementos que volcaba en su obra, el resultado era la descripción de un mundo distinto al originalmente observado.

Para el arte contemporáneo, la única realidad que el artista llega a conocer con cierta profundidad es su propio yo. De este modo, el mundo visto a través de la subjetividad del escritor se transforma aun en las cosas más convencionales. El artista no falsifica la realidad pero al proyectarla en su obra como un juego de espejos, el resultado es una visión prismática y deformante de la misma. Es por ello que el arte actual aparece como irreal, cuando en verdad no sólo pretende describir la realidad con mayor exactitud, sino también iluminarla y revelar sus estratos más profundos.

Para lograr su propósito de hacer un retrato fiel de la realidad, para darle mayor veracidad, el escritor realista recurre a diferentes técnicas:

- ✓ *Descripciones crudas, precisas, detallistas y minuciosas de los espacios, de las costumbres de su sociedad, del estilo de vida, etc., intentando recrear el ambiente de esa época y de su país.*
- ✓ *Personajes comunes en la vida de pueblos o ciudades, tomados de la realidad circundante como por ejemplo la maestra, el médico, un pescador, un cura, una sirvienta, un funcionario, etc.*
- ✓ *El lenguaje, los diálogos de sus personajes, que intentan captar la forma singular en que habla la gente dependiendo de su clase social, su profesión, su nivel de educación, etc. La forma de hablar es un aspecto muy importante de la realidad. Estos diálogos suelen estar acompañados por observaciones acerca de las actitudes, los gestos y las entonaciones buscando una representación más fidedigna del modo de conversar.*

En síntesis, la literatura realista es una representación verosímil (que parece real, que tiene apariencia de verdadera) de la realidad. Intenta provocar en el lector la sensación de que está viendo lo que se le cuenta. Su intención es traducir un cuadro verosímil de la vida cotidiana, recrear un fresco de la sociedad de su época, tratar de reproducir con palabras el mundo tal como se ve. Pero bien sabemos que aunque esa representación pretenda ser objetiva, siempre será una manera singular de mirar el mundo.



El bochín*

Todos ustedes conocen el juego de bochas.

Era al caer de la tarde y algo se había bebido. El viejo tomó la bocha y la acarició como si fuera la cabeza monda* de un chico. Midió con los ojos la distancia y avanzando un paso y doblándose hacia el suelo, la echó a rodar con fuerza.

Mientras él se erguía sin levantar los ojos, todos siguieron expectantes la trayectoria de la bocha que rozó apenas la tabla, pasó entre dos bochas rayadas sin tocarlas, y se detuvo suavemente junto al bochín.

-¡Bravo, Pedro!

-¡Así me gusta! -exclamaron los que miraban el partido. Con ese tanto, el partido era suyo pero estaban en catorce a catorce. A don Santiago le quedaba todavía una bocha.

-¡Cristo!

La llevaba en la mano con calculada indiferencia. La mano huesuda del viejo se crispó en la bocha, echó un pie adelante y ajustó el sombrero sobre la frente. Todavía pasó la mano sobre el bigote blanco, como si los pelos hirsutos* pudieran molestarle la visión.

Tomó impulso con dos zancadas vacilantes, lanzó reciamente la bocha al aire y se quedó como si hubiese querido imprimirle dirección con todo el cuerpo.

Se oyó el ruido seco del choque de las bochas, saltó el bochín fuera de la cancha, rebotó, volvió a caer dentro y le dio dos puntos a don Santiago.

-¡Bravo, Santiago!

-¡Así se hace!

La vieja rivalidad del juego se acentuó entre los dos amigos. Don Pedro se adelantó con paso lento, echó una mirada a las bochas, se peinó el bigote con los dedos, y dijo:

-Salió el bochín de la cancha.

-Sí; pero el bochín está en la cancha - replicó Santiago, y se rió sardónicamente*.

-Pero salió de la cancha -insistió gravemente don Pedro.

-A usted, don Pedro, no le gusta perder -comentó don Santiago buscando con la mirada quien lo aprobase.

-Usted tiene que ganar como bueno... -sentenció don Pedro.

-¿Qué quiere decir? Un bochazo así no lo ha dado usted en toda su vida.

-Cuando yo jugaba a las bochas, usted...

-¡Cristo! Se van a pelear ahora... -intervinieron.

-Que venga don Rosario que hace el juez.

-Lo que él diga será "lo" justo.

Don Rosario se acercó a la cancha con una sonrisa.

-La bocha pegó en el bochín, lo hizo saltar de la cancha, rebotó afuera y vino a caer otra vez adentro.

Se hizo un breve silencio. Don Rosario sacó del bolsillo del chaleco un medio cigarro, le despegó la estampilla y falló gravemente:

Si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

Don Pedro se abrochó el saco, y sin despedirse, se volvió para marcharse.

¿No toma un vaso de vino, don Pedro?

¡Basta por hoy! ¡Salud!

Cruzó el salón de la cantina, espeso de humo, y salió.

Oscurecía. La calle en declive permitía ver el barrio, gris, suavizado en sombras lilas, con su montón de casitas humildes apeñuscadas*.

Nunca había sentido tan viva contrariedad. Con sus setenta y dos años, erguido, fuerte, el bigote chamuscado por el cigarro, las cejas hirsutas, los ojos severos y nobles, cruzados por un pliegue oblicuo del párpado.

Del cielo color de plomo, bajaba un silencio espeso que atenuaba los ruidos.

Empujó la puerta de su casa y en el patio de ladrillos lleno de plantas enmacetadas, hubo un movimiento de sorpresa.

El viejo avanzó ceñudo.

-¿Qué hace usted en mi casa? -dijo.

El muchacho, hosco*, se puso de pie sin responder. Una crencha* de pelo negro le tapaba un ojo.

La vieja se adelantó a protegerle con el cuerpo.

-Pedro, mirá bien lo que hacés.

El viejo dijo a modo de réplica:

-Cuando un hombre se va de la casa de sus padres, sólo muerto tiene que volver.

-Papá -dijo la muchacha suavemente-, déjelo. ¿No ve que no puede vivir sin nosotros? ¿No ve que vino solo?

Otra vez se sintió derrotado, disminuido, y sin embargo contento. Trató de que no se le conociera en el rostro firme.

Su mujer se le acercó y preguntó con un dejo de angustia:

-¿Lo dejás que se quede, Pedro?

El viejo no contestó. Silencio; silencio hostil* del muchacho, silencio doloroso de la madre, ansioso de la hermana.

Por la vieja, por María hubiese consentido; pero que él creyese que había tenido un momento de debilidad le parecía inconcebible.

María volvió a empujarlo hacia la reconciliación, despacito:

-Perdónelo, papá, así volvemos a estar todos juntos. ¡Si volvió solo!

Ya casi no se veían las caras en la oscuridad.

Se oye el estrépito en un carro rodando por el empedrado.

Después silencio. Después una voz alterada que dice:

-Te apuntaste un tanto, María, tenés razón; si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

Leónidas Barletta

*Bochín o Juego de bochas: Al comenzar el juego, el equipo que ha ganado el bochín lo lanza y juega la primera bocha. Enseguida, el equipo que no tiene el punto debe jugar su o sus bochas hasta que lo consiga mediante arrime, bochada o rata. Cuando un equipo no tiene más bochas, su adversario juega a intentar conseguir otros puntos, ya sea arrimando, bochando o rasando a las bochas que le estorban. Cuando las bochas están todas jugadas, un equipo se adjudica tantos puntos como bochas tenga más próxima al bochín que la mejor bocha del adversario.

*Mondo: Limpio, sin añadiduras.

*Hirsuto: Dicho del pelo, dispersos y duros.

*Sardónicamente: Con sarcasmo, con ironía, con crueldad.

*Apeñuscadas: apiñadas, amontonadas.

*Hosco: Poco acogedor, áspero e intratable.

*Crencha: Raya que divide el cabello en dos partes.

*Hostil: Adverso, enemigo.



En el sur del mundo

Chubut, 1866

Dylan recorrió la playa chata del río. Le gustaba vagabundear por ese paraje desierto cada vez que su padre no lo necesitaba. Buscaba piedras veteadas y caracoles, los más raros y de colores brillantes que pudiera encontrar. De vez en cuando miraba su caballo, atado a un matorral, y el humito de alguna chimenea que, a lo lejos, se deshacía en el aire. En este país, decía su padre, apenas uno se alejaba un poco las cosas parecían perderse en la planicie y el vacío.

El viento le castigaba la cara, volándole el pelo lacio y rubio, pero Dylan ya estaba acostumbrado al viento de la Patagonia. Soplaba desde otro lado del mar, sin obstáculos, barriendo la superficie del agua y levantando olas enormes que venían a explotar, turbulentas, en la costa, a veinte millas de allí. A los pocos días de llegar, una noche, el doctor Williams le mostró un mapa en el que se veía el enorme espacio vacío del Atlántico sur. Si salieran navegando hacia el este, dijo, en algún momento tropezarían con Australia. Ése había sido otro de los destinos posibles para él y su familia, sin embargo su padre se había decidido por la Argentina y por aquel lugar tan al sur del mundo, tan lejos de su país natal. Trepó la suave ribera y empezó a practicar puntería con las piedras. Se agachaba, buscando cantos rodados entre el pasto duro, cuando el corazón se le trepó a la garganta. Huellas claras de caballos removían la tierra y se extendían varios metros por la orilla del río. Instintivamente levantó la cabeza: ¡indios! Miró hacia las casas que a la distancia se vieron más insignificantes y desamparadas que nunca. En el oeste, sobre el horizonte, volaba una nube de polvo gris. Dylan echó a correr, montó de un salto y se largó en un galope desenfrenado hacia las casas.

Cuando llegó, lo primero que vio fue a su padre arreglando el techo del cobertizo.

-¡Padre!

John Hughes se dio vuelta ante el grito del hijo mayor. Sonreía.

-Dylan, ¿qué te pasa? ¿Viste un fantasma?

-¡Padre, indios!

La cara de su padre se demudó. De inmediato dejó las herramientas en el suelo y lo tomó por los hombros.

-¿Dónde? ¿Estás seguro?

-Huellas de caballos cerca del río, unos cinco o diez, después van para el oeste.

Su padre reflexionó un momento.

-No digas nada en la casa, ni a tu madre. A ella menos que menos. ¿Comprendiste?

Acongojado por la preocupación de su padre, Dylan sólo pudo mover la cabeza, asintiendo. Su madre daría a luz en cualquier momento y aquella sería una noticia terrible. Con expresión sombría su padre miraba al sudoeste, el lugar por donde, según los habían prevenido las autoridades de inmigración en Buenos

Aires, podían aparecer aquellos extraños llamados tehuelches. ¿Sería posible que intentaran algo? Sin quitar la mirada del horizonte, su padre habló:

-Corre a lo del doctor y, a solas, le cuentas lo que has visto. Cuando vuelvas a casa dices que Williams me llama para hablar de algo. Así no inquietamos a tu madre. ¡Corre!

Dylan saltó limpia la valla y en segundos cubrió los cien metros que separaban su casa de la del doctor Williams. Cuando entró, la señorita Jessie se estaba despidiendo. Con una gran sonrisa el doctor dijo:

-¿Qué? ¿Tu madre, ya...?

Dylan dijo que no era eso y siguió al doctor dentro del cuarto que hacía de recibidor, dormitorio y sala de consulta. Atropelladamente dijo lo que su padre le había ordenado. En silencio, el médico se acercó a la ventana y miró en la misma dirección que su padre. Dylan también miró el paisaje desolado. ¿Qué podrían hacer ellos, pacíficos colonos, en caso de que los indios atacaran? Ni siquiera tenían caballos suficientes para que las mujeres huyeran. Y ¿adónde? El poblado más cercano estaba a cientos y cientos de millas. El miedo lo hizo tiritar, pero no dijo nada. Fue el doctor quien habló.

-Que tu padre venga en una hora. Voy a buscar a los demás para decidir qué hacer -el doctor lo miró-. Hijo, ¿estás seguro de que eran indios?

-Sí, señor -dijo Dylan.

-Bueno, tal vez nos estén observando. Tal vez tengan curiosidad. El mes que viene hace un año que llegamos y jamás los hemos visto. No siempre hay que pensar lo peor. -Le dio una palmadita en la cabeza y lo mandó de vuelta.

En su casa, su padre cerraba las cercas del corral de las ovejas. Su madre preparaba el té en la enorme cocina de hierro y sus hermanos más chicos jugaban en el piso con la caja de los soldados. Todo estaba igual, pensó Dylan y sin embargo todo había cambiado. Su madre giró para alcanzar las tazas de la alacena y su vientre combado* se recortó contra la claridad de la ventana.

-Dylan, querido, por dónde has andado hoy, se puede saber. Ya es la hora del té.

La sonrisa de su madre era algo especial, tan bondadosa, que a Dylan una punzada le atravesó la boca del estómago. Jamás se quejaba y atendía a todos con una alegría auténtica, que le brotaba del corazón. Hombres y mujeres de la aldea la querían por igual y para cada uno tenía las palabras justas. Pensó en el nacimiento y con un golpe de pánico fue a lavarse las manos para disimular. ¿Qué iba a hacer de su madre en caso de un ataque de los indios? ¿Y si justo era el momento en que su hermano pedía nacer? Sin duda su padre y el doctor Williams y los demás sabrían qué era lo mejor para todos. Tal vez las cosas fueran como dijo el doctor y no había de qué preocuparse.

-¿Te pasa algo, Dylan?

La cara de su madre se asomaba por el marco de la puerta.

-Nada, madre. Vengo de la casa del doctor. Dice que padre vaya, que quiere hablar con él.

Y enseguida agregó:

-Dijo que yo también fuera.

-¿Ah, sí? Entonces serán cosas importantes, que deberán tratar los hombres solos.



La cara sonriente, cariñosamente irónica* de su madre, desapareció. De la cocina llegaba un delicioso aroma a torta recién horneada, la torta que hacía su abuela. Aquí, casi al fin del mundo, así le parecía a Dylan por el viaje tan largo que había emprendido, su madre y las demás mujeres se afanaban por preservar las viejas costumbres de su país. Un rato después, con un trozo de torta en la mano, Dylan trataba de seguir las grandes zancadas de su padre. En lo del doctor ya estaban los hombres del pueblo reunidos. El fornido Nash, el herrero, James Douglas, que tocaba el violín, Brannan, el sacerdote, los hermanos Buck y Stephen Lennahy, el maestro O'Neill, el carpintero Ned Mc Allister y todos los demás. En el centro de la rueda, de manera solemne, Dylan repitió por tercera vez lo que había visto. Después del relato se hizo un pesado silencio.

-¿Cuántos caballos tenemos? -Nash fue el primero en hablar.

Hicieron la cuenta interrumpiéndose. La suma había dado veintitrés caballos.

-Pero ¿y las mujeres y los niños pequeños?

-¿Y si uno de nosotros va a avisar, a pedir ayuda?

-Cuánto toma eso en este bendito país, serían días hasta que llegaran los refuerzos.

-Señores -la voz gruesa y sonora de Buck Lennahy-, veamos lo principal: ¿con cuántas armas contamos?

-Sí, eso es verdad -coreó* el maestro O'Neill-. A ver con qué contamos para defendernos.

Las voces se alzaron haciendo cuentas del armamento, de los carros y de todo lo que en el mínimo pueblo pudiera usarse como defensa, escape o pedido de auxilio.

-Calma, calma, señores, debemos permanecer calmos. ¿Y si no nos atacan, si sólo sienten curiosidad como nosotros por ellos? ¿Si sólo tratan de establecer algún contacto, alguna comunicación?

Los ojos agrandados de Dylan miraron con agradecimiento al doctor. Sí, eso era perfectamente posible, por qué pensar sólo lo malo.

-John -ahora Nash, el herrero, se dirigía a su padre que, con la mirada taciturna* clavada en el piso, había seguido las palabras del doctor-, qué dijeron las autoridades de inmigración, ¿Qué eran indios sanguinarios? No fue eso, creo, lo que nos dijeron.

-No, no fue eso. Tampoco lo podían asegurar al cien por cien.

El viento del atardecer ululaba en la chimenea, dándole un tono todavía más sombrío a la conversación. Pronto se haría de noche. La voz tranquila de su padre continuó:

-Son los dueños de esa región desde que se tiene memoria. Se han hecho tratados; el gobierno a veces les ha pagado con tierras, muchas veces no. Recorren todo el territorio, desde los Andes hasta la costa, y de norte a sur. Es posible, casi seguro, que nos hayan observado desde que pusimos el pie aquí y es posible también que quieran acercarse. ¿Con qué fin?, no lo sé. Pero es urgente estar preparados para lo que sea. Esta noche debemos armar una guardia que recorra el perímetro de la aldea, haremos turnos y todos debemos estar alerta. A la menor alarma reuniremos a las familias en la iglesia y nos encerramos allí. Por ahora no alarmemos a las mujeres. Todavía no es necesario decirles nada.

Los hombres estuvieron de acuerdo con lo dicho por John Hughes. Un momento después volvieron a sus casas. Esa noche, Dylan tardó en dormirse. A la madrugada un sonido brusco lo despertó. Quedó expectante*, sentado en la cama en la oscuridad. Sus hermanos dormían mecidos por el cuchicheo monótono del viento en la ventana. Sigilosamente, caminó descalzo y se asomó a la cocina. El corpulento perfil de su padre se recortaba en la luz de la luna. Sin decir nada, Dylan volvió a acostarse.

Al día siguiente, los que habían hecho la guardia informaron que nada anormal había sucedido. Por la tarde hubo revuelo en la casa. Su madre sintió los dolores del parto y Dylan corrió a buscar al doctor. Cuando volvieron a entrar en la casa, su padre calentaba ollas de agua sobre la cocina. No bien hizo pasar al doctor, lo mandó a que llevara sus hermanos a lo de la señorita Jessie y que esperaran allí. Antes de salir, Dylan miró a su madre.

-No te preocupes -le dijo con su inalterable sonrisa-, es tu hermano, que ya viene. Todo va a salir bien.

Se quedaron en lo de la señorita Jessie mientras ella, agitada y nerviosa, corría a ayudar al doctor. Pasó una hora y pasó otra. Dylan se asomaba sin cesar a la ventana. De golpe se abrió la puerta y la señorita Jessie, con la cara regordeta y reluciente de satisfacción, gritó:

-¡Es una niña! Después de cinco varones, ahora tienen una hermana; corran a conocerla.

No era necesario que lo dijera. Ya los cinco corrían dando saltos entre los jóvenes árboles que se mecían con el viento, Dylan arrastrando a los dos más chicos en la carrera. ¡Una niña! Parecía mentira.

La cara de su madre estaba radiante. Con un gesto los animó a acercarse al pequeño envoltorio que sostenía al costado del cuerpo. Su padre estaba sentado al otro lado de la cama. Atropellándose, la rodearon. Querían ver cómo era, a quién se parecía.

-Con cuidado, con cuidado -repetía su madre.

La carita un poco colorada y saludable se veía perfecta entre el lienzo que la envolvía. Dylan le tomó la mano y miró asombrado los pequeñísimos dedos. Un rato más tarde, el doctor los hizo salir. En la cocina, sus hermanos, todavía incrédulos ante el suceso, empezaron a buscar nombres de mujer, cosa que les resultaba del todo extraña y hasta cómica.

-¡Dorothy!

-No, no, Sally.

-Mejor Anne -dijo Dylan con autoridad desde el otro lado de la cocina; con sus doce años se consideraba por encima de esas tonterías, pero sus hermanos le habían contagiado la euforia.

El doctor y su padre hablaban en un rincón, las caras en extremo preocupadas. Dylan recordó de golpe: ¡los indios!, y su alegría se esfumó. Sobresaltado se acercó adonde los adultos hablaban en voz baja. Se reforzaría la guardia, decía su padre. Había luna nueva y podrían aprovecharse de la oscuridad. Esa noche, la recién llegada se hizo oír y sólo a la madrugada entró en un sueño apacible. Dylan espió la cara dormida de su madre junto a la diminuta de su hermana. Haría cualquier cosa por defenderlas. Se encontró con los ojos serios de su padre y esos ojos expresaban lo mismo que él estaba pensando.



Mary, porque así la habían llamado, crecía, se hacía oír, y tomaba su leche como un cordero. Eso decía su madre a las mujeres de la aldea que, cada una a su turno, se inclinaron sobre la cuna y desplegaron sobre la mesa los regalos que traían bajo el delantal: un gorro de lana, un chal para el invierno que se avecinaba. Por su parte, los hombres seguían alternándose en las guardias nocturnas, cuidadosamente ocultas a las mujeres. Poco a poco, el puñado de casas aferradas al río Chubut en la vastedad desierta iba recuperando su somnolienta normalidad. Cuando la recién nacida cumplió tres semanas, por primera vez a Dylan se le ocurrió pensar que tal vez se había equivocado y lo que había visto aquella tarde no eran las huellas de caballos sino de guanacos, los animales típicos de la región. ¿Cómo no se había dado cuenta? Era una manada de guanacos, y el polvo en el horizonte era también de la misma manada de guanacos. Se sintió liviano, libre de un peso tremendo, casi saltaba de alegría. Corrió a decírselo a su padre, que quedó pensativo. De todos modos, no le permitió salir en sus correrías habituales a buscar pichones o piedras raras. Liberado, Dylan pasaba las tardes ayudando en la casa, o dando lecciones en lo del maestro O'Neill, o mirando crecer a su hermana. Hacía días que su madre había retomado sus quehaceres, como si nada hubiera ocurrido.

-Sangre galesa* -exclamaba ella, riéndose, cuando le señalaban su buena salud-. Y seis niños traídos al mundo.

Pero una madrugada de extraña calma en el viento, algo sucedió. Primero fue el grito de Nash llamando a su padre. Después el doctor subido al techo de su casa, mirando al sur. Después todos salieron a medio vestir y miraron hacia allí, hacia donde inequívocamente se levantaba una nube de polvo que crecía. Ante los ojos despavoridos* de Dylan, trepado a la parte más alta del cobertizo, comenzaron a verse pequeños puntos negros. Jinetes, muchos, cada vez más cerca. Como un emisario siniestro, el viento trajo el sordo retumbar del galope de los caballos en la tierra dura. Los hombres buscaron las armas. Mujeres y chicos corrieron a la precaria iglesia, los hombres se atropellaron cruzando gritos y ademanes violentos mientras, codo con codo, formaban un cordón en semicírculo defendiendo la entrada. Junto a su padre, Dylan los veía venir. Distinguió las lanzas que se elevaban varios metros por encima de las cabezas. Una ráfaga de terror traspasó a los colonos que miraban el avance como el que espera una catástrofe, incrédulos todavía, inmobilizados. El padre Brannan murmuraba una oración. Las mujeres contestaban el rezo, algunas caían de rodillas. Habían preferido salir de la iglesia y apretarse detrás del cerco de los hombres con los chicos aferrados a las polleras. Los tehuelches* alcanzaron el borde de la aldea y desde allí avanzaron al paso. A unos diez metros se detuvieron y esperaron, nadie supo qué. Sólo los caballos se movían, sudorosos, piafando*, sacudiendo las crines. En la proximidad se hicieron precisas las caras oscuras pintadas con trazos blancos, las vinchas, el pelo negro y duro. Ágiles como gatos, algunos se acuclillaron sobre el lomo de los caballos, apoyándose en la lanza. Algo se movió en el fondo, donde empezó a abrirse un espacio y aparecieron los que venían en la retaguardia; eran mujeres y chicos, algunos de su misma edad, le pareció a Dylan, aunque con el gesto salvaje de pequeños caciques; cuando llegaron a la primera fila se deslizaron al suelo.

Los ojos hundidos e inexpresivos del hombre viejo que aparentaba ser el jefe los miraron de uno en uno, comprobando la facilidad de la presa. Se oyó un

sollozo de mujer pronto sofocado. Como guiado por éste, Dylan se estremeció al escuchar el llanto de su hermanita, calmado por los susurros de su madre. Sin ninguna señal de connivencia*, varios indios desmontaron de un salto y avanzaron. Instintivamente, las mujeres se apretaron más contra las espaldas de los hombres, que levantaron los codos y martillaron las armas. Los tehuelches se detuvieron pero muchos otros se lanzaron al suelo y venían, atrás. Nadie supo qué iba a pasar. Un pensamiento de espanto paralizó a hombres y mujeres de la aldea: sería aquello, al fin, una matanza; ése era el modo, al fin, en que iban a morir, como animales acorralados, en aquella soledad sangrienta y salvaje, degollados por los indios, tan lejos de su país y de todo. Fue en ese momento cuando Dylan percibió el movimiento y vio a su madre abrirse paso, romper el cerco de los hombres y pasar, y la mano de su padre que se alzaba y le aferraba el brazo, pero ella lograba desasirse y antes de que nadie pudiera impedirlo, sosteniendo a Mary, se adelantaba más.

-Madre, qué haces -susurró Dylan sin darse cuenta de que hablaba.

Entonces sucedió aquello que todavía hoy los habitantes del pueblo recuerdan.

Ante el estupor* general, su madre cruzó el espacio vacío, fue hacia una mujer tehuelche y se detuvo ante ella. La miró fijamente unos segundos, luego extendió los brazos y le puso a Mary contra su pecho. La mujer le devolvió la mirada y por un momento interminable no hizo nada; después levantó los brazos y sostuvo a la criatura contra sí. Con dedos delicados corrió el rebozo* y miró la carita. La escena quedó inmóvil. Nadie se movía ni casi respiraba, sólo el delgado y frío viento patagónico iba de una cara a otra, de un cuerpo a otro, y jugaba con plumas y sombreros de indios y blancos.

Uno de los tehuelches hizo un gesto: levantó la mano a la altura de la cabeza. Dylan vio a su padre bajar lentamente el arma; uno a uno los colonos hicieron lo mismo. Ahora era su padre quien cruzaba la tierra de nadie barrida por el viento y acercándose al hombre que había hecho el saludo le tendía la mano. Detrás de él fueron los demás hombres de la aldea. Dylan no podía quitar la mirada de su madre y la mujer tehuelche. Cuando recuperó el aliento, también él caminó hacia los visitantes con la mano extendida.

Sylvia Iparraguirre: *El país del viento*.
Buenos Aires: Alfaguara, 2003.

*Combado: Que tiene o ha adoptado forma curva.

*ironía: Burla fina y disimulada.

*Corear: Aclamar.

*Taciturno: Triste, melancólico o apesadumbrado.

*Expectante: Que espera observando.

*Galesa: Natural de Gales, país del Reino Unido.

*Espavoridos: Llenos de pavor o espanto.

*Tehuelche: pueblo originario. Los Tehuelches (o Patagones) vivían en el sur de la Patagonia, entre el río Santa Cruz y el estrecho de Magallanes.

*Piafando: Dicho de un caballo cuando alza las patas delanteras alternativamente, haciéndolas caer con fuerza y sin avanzar.

*Connivencia: Disimulo o tolerancia en el superior acerca de las transgresiones que cometen sus subordinados contra las reglas o las leyes.

*Estupor: Asombro.

*Rebozo: Mantilla.



El cuento maravilloso

El cuento maravilloso es un relato que recurre a la magia y a la hechicería para explicar hechos de la vida que son de difícil comprensión. Hace muchísimo tiempo, la comunidad primitiva preparaba a cada uno de sus miembros para enfrentar las etapas nuevas que se dan en la vida; sus enseñanzas se dirigían principalmente a la juventud, en vísperas de su alejamiento del hogar, su enfrentamiento con problemas como el amor, la fidelidad, la persecución del inocente, el someterse a fuerzas desconocidas. Uno de los recursos, junto a la magia y la hechicería, eran los relatos que le señalaban las posibles soluciones. Luego, estas narraciones perdieron su condición de rito secreto y comenzaron a transmitirse oralmente de generación en generación a modo de enseñanza práctica.

Las características más relevantes de este tipo de cuento son:

- ✓ Los hechos están colocados fuera del tiempo: "había una vez..." y siguen una lógica especial que no es cuestionada por el lector aunque no mantenga la relación causa-efecto.
- ✓ El espacio del cuento maravilloso es genérico, indeterminado, absoluto: una comarca, la aldea, un pueblo muy lejano.
- ✓ Aparecen seres imaginarios: personajes minúsculos y gigantes (duendes, gnomos, hadas, magos, brujas, enanos, gigantes, etc.). Los primeros representan la bondad y la mansedumbre; los segundos, la maldad y la fuerza bruta.
- ✓ Aparecen objetos mágicos, dotados de poderes sobrenaturales, capaces de provocar y de deshacer encantamientos o hechizos.
- ✓ Los hechos sobrenaturales ocurren sin ser presentados como tales, no hay motivos para ponerlos en duda o cuestionarlos. No hay vacilación por parte de los personajes ni del lector, dado que ninguno de ellos pone límites a lo

maravilloso ni a la oscilación entre lo real y lo irreal. Se da en algunos relatos una metamorfosis o mimetismo con el mundo de las plantas y de los animales.

- ✓ *Predomina el ritmo ternario (tres hijos, tres pruebas, tres días, la tercera vez) porque es más fácil de captar por la gente simple y los niños. Esto se ve tanto en los episodios como en el número de los personajes.*
- ✓ *En las situaciones que plantea el cuento maravilloso se da un cambio gradual ascendente o descendente. Esta progresión está marcada por una serie de pruebas que debe superar el protagonista. Si son superadas permiten la recompensa, el ascenso y una solución óptima. En caso contrario, se produce un retroceso y el consecuente castigo. Por lo general predomina una graduación ascendente que responde a una actitud optimista y de esperanza en el género humano.*
- ✓ *La narración vale por sí misma, o sea que es un pasatiempo y no tiene una justificación didáctica como la tuvo en sus comienzos.*



El príncipe que se casó con una rana

Había una vez un rey que tenía tres hijos en edad de casarse. Para que no surgieran rivalidades en cuanto a la elección de las tres esposas, les dijo:

-Tirad con la honda tan lejos como podáis: donde caiga la piedra, tomaréis esposa.

Los tres hijos tomaron las hondas y tiraron. El más grande tiró y la piedra cayó sobre el techo de una panadería; y le correspondió la panadera. El segundo tiró y la piedra cayó en la casa de una tejedora. La piedra del menor cayó en una zanja.

Apenas tiraban, cada uno corría a entregarle el anillo a la prometida. El mayor encontró a una jovencita blanda como un pan, el mediano una muchacha pálida, delgada como un hilo, y el más pequeño, después de mucho mirar en la zanja, sólo encontró una rana.

Volvieron junto al rey para contarle de sus prometidas.

-Ahora -dijo el Rey-, quien tenga la mejor esposa, heredará el reino. Hagamos las pruebas.

Y a cada uno le dio cáñamo* para que a los tres días se lo trajeran hilado por las prometidas, a ver quién lo hacía mejor.

Los hijos fueron a ver a sus novias y les recomendaron que hilaran cuidadosamente; y el más pequeño, muy mortificado, se acercó al borde de la zanja con el cáñamo en la mano y se puso a llamar:

-¡Rana, rana!

-¿Quién me llama?

-Tu amor que poco te ama.

-Si ahora me ama poca cosa, me amaré más al verme hermosa.

Y la rana salió del agua y se posó sobre una hoja. El hijo del Rey le dio el cáñamo y le dijo que tenía tres días para hilarlo.

A los tres días, los hermanos mayores corrieron ansiosamente a casa de la panadera y de la tejedora para retirar el cáñamo. La panadera había hecho una hermosa labor, pero la tejedora -era su oficio- lo había hilado de tal modo que parecía seda. ¿Y el más pequeño? Fue a la zanja:

-¡Rana, rana!

-¿Quién me llama?

-Tu amor que poco te ama.

-Si ahora me ama poca cosa, me amaré más al verme hermosa.

Saltó sobre una hoja con una nuez en la boca. Al pequeño le daba un poco de vergüenza ir a ver a su padre con una nuez cuando los hermanos le habían llevado el cáñamo hilado; pero se hizo de valor y fue a verlo. El Rey, que ya había examinado el trabajo de la panadera y el de la tejedora del derecho y del revés, abrió la nuez del más pequeño mientras los hermanos se reían burlonamente. Cuando la abrió, surgió una tela tan fina que parecía una telaraña, y jamás terminaban de tirar de ella y desplegarla, al punto que cubrió la sala del trono.

-¡Pero esta tela no se termina más! - dijo el Rey, y, apenas dijo estas palabras, la tela se terminó.

El padre no quería resignarse a la idea de que una rana se convirtiera en reina. A su perra de caza preferida le habían nacido tres cachorros. Se los dio a sus hijos.

-Llévdselos a vuestras prometidas e id a buscarlos dentro de un mes: quien mejor lo haya criado será reina.

Al mes se comprobó que el perro de la panadera se había transformado en un dogo enorme e imponente, porque no le había faltado el pan; el de la tejedora, había sufrido más estrechez, se había convertido en un famélico mastín. El más pequeño llegó con una cajita; el Rey abrió la cajita y de ella salió un perrito de aguas adornado, peinado y perfumado, que se erguía sobre sus patas traseras y sabía hacer piruetas y obedecer órdenes.

Y el Rey dijo:

-No hay duda; mi hijo menor será rey, y la rana será reina.

Se concertaron las bodas, las tres el mismo día. Los hermanos mayores fueron a buscar a sus prometidas con carrozas ornamentadas tiradas por cuatro caballos, y las novias fueron cargadas de plumas y de joyas.

El más pequeño fue a la zanja y la rana lo esperaba en una carroza hecha con una hoja de higuera tirada por cuatro caracoles. Se pusieron en marcha; él iba adelante, y los caracoles lo seguían tirando de la hoja con la rana. Cada tanto se detenía para aguardarlos. En una de esas esperas, se adormeció. Al despertarse, vio ante él una carroza de oro tapizada de terciopelo, tirada por cuatro caballos blancos; adentro había una muchacha bella como el sol y con un vestido verde esmeralda.

-¿Quién sois? -preguntó el hijo menor.

-Soy la rana -y como él no quería creerle, la muchacha abrió un arca donde estaban la hoja de higuera, la piel de la rana y cuatro caparazones de caracol-. Era una princesa transformada en rana -dijo-, y sólo podía recobrar la forma humana si el hijo de un rey consentía en casarse conmigo ignorando mi belleza.

El Rey se alegró mucho. Y el hijo más pequeño y su esposa fueron el Rey y la Reina.

Italo Calvino (Comp.): *Cuentos populares italianos*.
Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1977.

*Cáñamo: Ciertas plantas textiles.



Los siete cuervos

Había una vez, hace ya mucho tiempo, un matrimonio que tenía siete hijos y ninguna hija. Esto era siempre motivo de pena para aquellas buenas gentes, porque les hubiera encantado tener una niña. Y con tanto fervor anhelaban su llegada, que por fin un día tuvieron la inmensa alegría de acunar una hijita entre sus brazos. La felicidad del buen matrimonio fue entonces completa, porque además, los siete hermanitos, adoraban a la pequeña. Pero, desdichadamente, la niña no parecía tener muy buena salud. Y a medida que pasaba el tiempo, desmejoraba cada vez más. Hasta que un día se puso tan mal, que los padres no dudaron de que su hijita moriría. Pensaron entonces que había que bautizarla, y para ello era preciso traer agua del pozo.

-Tomen sus baldes -dijo el padre a los siete niños-, vayan al pozo, y vuelvan cuanto antes.

Los muchachos obedecieron. Tomaron sus baldes y partieron corriendo. Estaban ansiosos por ayudar a su padre, y en su ansiedad, cada uno quería ser el primero en hundir su balde en el pozo. Se lanzaron atropelladamente sobre el mismo, con tanto aturdimiento y tan mala fortuna, que los baldes escaparon de sus manos y cayeron al fondo del pozo. Los muchachos quedaron desolados*. Se miraban uno a otro, sin saber qué hacer ni qué decir.

-¡Dios mío! -exclamó uno de ellos, por fin-. ¿Qué le diremos ahora a papá? No podemos volver a casa sin el agua.

En su desesperación, trataron de sacar los baldes del pozo; pero todo fue en vano. No pudieron lograrlo, y atemorizados al pensar en el enojo con que los recibiría su padre, se quedaron meditando, sentados junto al pozo.

-Si volvemos sin el agua -dijo uno de ellos-, nuestro padre se sentirá tan enojado que nos castigará duramente.

-Es muy cierto -añadió otro-. Y no le faltará razón.

-No debimos ser tan atolondrados*... -suspiró un tercero.

-Nadie tiene la culpa -añadió el cuarto-. Si los baldes se han caído al pozo, ha sido solamente una desgracia.

-Yo no me atrevería a volver a casa -se lamentó el sexto, casi a punto de llorar.

-Es inútil que nos lamentemos -concluyó el séptimo- la cosa no tiene remedio. Todo lo que nos queda por hacer, es ver de qué manera podemos salir de este embrollo*.

Mientras tanto, en la casa, el padre se impacientaba ante la tardanza de los muchachos. Se asomaba a la ventana y miraba el camino, tratando de descubrirlos. Pero el camino estaba desierto y los muchachos no volvían.

-¡Ah! -dijo el pobre hombre de pronto-. Seguramente que esos siete holgazanes se han quedado jugando. Es imposible, de otra manera, que tarden tanto en volver del pozo con el agua.

Y nuevamente volvía a pasearse, y otra vez se asomaba a la ventana para mirar el camino. Pero llegó un momento en que su desesperación por la tardanza de los muchachos fue tanta y tan grande, que sin poder contenerse exclamó:

-¡Perezosos! ¡Ojalá se convirtieran en siete cuervos!

No imaginó nunca lo que podía suceder. Apenas había dicho esas palabras, cuando sintió un aleteo sobre su cabeza; levantó los ojos, y con gran espanto vio contra el cielo azul siete cuervos negros que volaban sobre la casa.

Grande fue su desesperación y la de su mujer cuando comprendieron que aquellos siete cuervos eran sus siete hijos.

-¡Pobres niños! -decía el padre afligido, viendo que los cuervos, después de volar un rato sobre su cabeza, partían hacia el horizonte. - ¡Pobres niños! ¿Y qué será ahora de nosotros?

Pero el daño ya estaba hecho, y no podía remediarse. La mujer trató de consolarse.

-Es inútil ya que pensemos en ellos -le dijo-. Quizá algún día vuelvan. Pero por ahora, pensemos en nuestra hijita que está aquí, y tratemos de salvarla.

El buen hombre comprendió que su mujer estaba en lo cierto. Y tantos cuidados prodigaron* a la niña, que afortunadamente la pequeña no murió. Pasaron los años, y la niña que fuera tan delicada, creció sana y fuerte.

El matrimonio vivía feliz con el cariño de su hija, pero el padre solía quedarse a veces pensativo mirando hacia el cielo, como si esperara algo; y un buen día le dijo su mujer:

-Oye, esposo mío. Es preciso que la niña no sepa la historia de los siete cuervos; de modo que debemos cuidarnos mucho. Nada ganas con pasarte las horas junto a la ventana. Yo confío en que ellos volverán algún día. Mientras tanto, olvidemos aquello.

El padre asintió. Y de este modo, como jamás le hablaron sus padres de los siete hermanos, la niña no supo nunca la triste historia.

Un día en que conversaba con una vecina, se le escapó a ésta el secreto.

-¡Qué bonita eres! -dijo la mujer; y añadió atolondradamente-: Es una lástima que tus hermanos que tanto te querían no estén aquí para verte.

La niña se quedó pensativa, y en seguida preguntó:

-¿Mis hermanos? Debes estar equivocada. Yo nunca he tenido hermanos. ¿De quién hablas?

La buena mujer comprendió que había hablado de más y que su charlatanería iba a provocar un disgusto en casa de sus vecinos. Pero ya no había manera de remediarlo. Ante las preguntas de la niña, se vio obligada a contarle la triste historia del encantamiento de sus hermanos, debido a la maldición de su padre cuando ella era apenas una niñita recién nacida.

Así fue como la pequeña supo que, un poco a causa suya, sus siete hermanos estaban ahora convertidos en siete cuervos. Entonces sintió tal aflicción* que decidió hablar a sus padres. La pobre gente comprendió que ya no podía ocultarle la verdad.

-Es cierto todo lo que te ha dicho la vecina -dijo la madre, afligida-. Pero hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, y nunca hemos vuelto a verles.

Entonces dijo la niña:

-Pues yo he de ir a buscarlos. Soy culpable de que los pobrecitos estén ahora convertidos en siete cuervos, y es preciso que los encuentre para que puedan volver a casa.

-¡Pero no sabemos dónde están! -exclamaron los padres-. ¿Cómo harás para encontrarlos? La niña se quedó un momento pensando. Sus padres tenían razón: sería muy difícil saber dónde habitaban ahora los siete cuervos encantados. Pero después de un instante, exclamó:



-No sé todavía cómo haré para encontrarlos. Preguntaré y preguntaré hasta dar con ellos. Y el día que eso suceda, volveré a casa con mis hermanitos.

Los padres, comprendiendo que la niña estaba decidida, no se opusieron a su partida. La mamá le preparó una cesta con merienda para el viaje, y entregándole su anillo de bodas como recuerdo, la despidió en el camino.

La niña echó a andar, y después de mucho caminar, sin hallar señal alguna de sus hermanos, llegó al fin del mundo. Ya no le quedaba otra cosa que hacer que lanzarse al espacio; y la niña, siempre en busca de los siete cuervos, llegó al sol.

-Aquí no vas a encontrar a nadie -le dijo el sol de mal modo-. Cualquiera que pretendiera quedarse más de un minuto, se moriría abrasado.

Y como el sol ardía y le quemaba los pies, la niñita huyó presurosa del ardiente astro.

Pensó que quizá estuvieran los cuervos en la luna, y hacia ella se encaminó.

-Aquí no vas a encontrar a nadie- le dijo la luna con indiferencia-. Cualquiera que pretendiera quedarse más de un minuto, se moriría congelado.

Y como allí hacía demasiado frío, temblorosa y helada, volvió la niña a la tierra y se puso a llorar. En ninguna parte podía encontrar a sus hermanitos. Pronto comprendió que nada ganaría con sus lágrimas, de modo que, secando sus ojos, se dispuso a emprender otra vez el camino. Pero ya no sabía adónde ir. Miró otra vez hacia el cielo. Las estrellas parecían hacerle guiños amistosos. Llena de esperanza, volvió entonces al cielo. Y las estrellas la recibieron con grandes muestras de alegría.

-¡Aquí está! -decían alborozadas-. ¡Aquí está la gentil niñita que ha recorrido el mundo en busca de sus hermanos! Vean qué buena y hermosa es.

Y una de ellas, la más luminosa de todas, aquella que llaman Lucero del Alba, salió a su encuentro.

-Dulce niña -le dijo-. Has sido tan buena al recorrer todo el mundo en busca de tus siete hermanos, que mereces una recompensa. Tus hermanitos, los siete cuervos encantados, viven en la cumbre de una montaña de cristal, en un castillo. Pero jamás podrás entrar allí si no llevas, para abrir la puerta, este trocito de madera que te entrego.

La niña, emocionada, le agradeció el obsequio. Y despidiéndose de las buenas estrellas, partió otra vez en busca de sus hermanos. Pronto alcanzó a ver la gran montaña de cristal, que brillaba en medio de la tierra.

-Ahí está el castillo -se dijo la niña- y pronto estaré junto a mis hermanos.

Momentos después se hallaba frente a la puerta del castillo. Era aquella una puerta pesada y enorme, muy difícil de mover; pero, cosa rara, su cerradura era muy chiquita, del tamaño del trocito de madera que Estrella del Alba entregara a la niña. La pequeña buscó la valiosa astilla en sus bolsillos, y con inmensa pena halló que la había perdido.

La pobre niña se echó a llorar. Toda su tarea quedaba perdida. ¿Qué haría ahora? Pronto comprendió, como antes, que llorando no conseguiría resolver su delicada situación; y otra vez secó sus ojos. Pensó un largo rato.

-Mi dedo índice -se dijo- tiene casi el mismo tamaño que el trocito de madera que me dio la buena estrella. Es posible que con él pueda abrir la puerta del castillo.

Probó hacerlo; hizo rodar el dedito en la cerradura, y la puerta se abrió. ¡Qué alegría sintió la niña! Frente a ella apareció entonces un enano que la saludó con gran reverencia.

-Bienvenida seas a esta casa -le dijo-. ¿Qué deseas?

-Quiero ver a los siete cuervos -contestó la niña sin temor-. Las estrellas me han dicho que viven aquí.

-Es verdad -respondió el gentil enano-, pero en este momento mis amos han salido. Sin embargo, como no tardarán en volver, puedes pasar a esperarlos. Es posible que se alegren de verte, pero nunca reciben a nadie.

La niña no se hizo repetir la invitación y entró en el castillo. Cruzó el amplio vestíbulo*, y el enano la condujo al comedor, donde se vio frente a una gran mesa puesta para siete cubiertos. Como después de su largo viaje la niña tenía hambre, dijo al enano:

-¿Podría servirme algo de lo que hay sobre la mesa? Estoy muy cansada y tengo hambre y sed.

-Sí -dijo el enano-. Come y bebe si quieres.

Y como la niña no quería privar a ninguno de los siete cuervos de su ración, probó nada más que un bocado de cada plato y bebió un sorbo de cada vaso.

Pero no advirtió que el anillo de bodas de su madre rodó de su dedo y cayó al fondo de uno de los vasos.

De pronto se sintió afuera un aleteo de pájaros y la niña se levantó presurosa.

-Escóndeme -dijo al enano-; no quisiera que tus amos, los siete cuervos, me vieran todavía.

El enano la ocultó tras una cortina, y poco después entraron por la ventana, los siete cuervos. Cada uno se posó frente a su plato, y comenzaron a comer. De pronto, uno de ellos exclamó:

-Parece como si alguien hubiera comido en mi plato y bebido en mi vaso.

-¡Y en el mío! -dijo otro.

-¡Y en el mío, y en el mío! -gritaban todos los cuervos a un tiempo, en medio de un agitado batir de alas.

Y cuando el último de ellos miró su vaso, advirtió que algo sonaba en el fondo del mismo. Miraron todos, y con gran sorpresa vieron en el vaso el anillo de bodas de su madre.

Primero se quedaron mudos de asombro. Pero en seguida comprendieron que aquello, que parecía un milagro, no tenía sino una explicación. Y dando grandes aleteos de alegría, comenzaron a gritar alborozados:

-¡Nuestra hermanita ha venido a buscarnos! ¡Nuestra hermanita ha venido a buscarnos!

Al oírles, salió la niña de su escondite y comenzó a besar a los cuervos. Y sucedió que a medida que los besaba, los feos pájaros negros se fueron convirtiendo en apuestos jóvenes.

Los hermanos se abrazaron, locos de alegría.

-No pueden darse una idea de lo feliz que me siento -dijo la pequeña-. Los he buscado tanto, que me parece imposible haberlos encontrado a todos sanos y salvos.

-Y nosotros, hermanita -dijeron ellos- nunca sabremos cómo agradecerte lo que has hecho por encontrarnos.



-Ahora, lo que debemos hacer es volver cuanto antes a casa. ¡Imagínense la alegría que sentirán al verlos, papá y mamá!

Al recordar a sus padres, los jóvenes deseaban vivamente volver al viejo hogar. Se despidieron del enano, y al cabo de un largo viaje llegaron los siete muchachos y la niña a la antigua casa, donde los padres los recibieron alborozados*.

Jacob y Wilhelm Grimm (compiladores): *Cuentos para la infancia y el hogar*

*Desolados: Tristes, devastados.

*Atolondrados: Que proceden sin reflexión.

*Embrollo: Enredo, confusión.

*Prodigar: Dar en exceso.

*Aflicción: Efecto de afligir o afligirse.

*Vestíbulo: Espacio cubierto dentro de la casa, que comunica la entrada con los aposentos o con un patio.

*Alborozados: Alegres, que denotan alborozo.

El cuento fantástico

El cuento fantástico utiliza como punto de partida los misterios que plantean el hombre y su mundo y que no han tenido una explicación clara y certera: el tiempo, el espacio, los sueños, las dimensiones, la muerte...

El autor del cuento fantástico elige uno de esos misterios como tema sin intención de resolverlo, sino que, valiéndose de la ausencia de respuestas y de su imaginación, logra crear la incertidumbre. Es por eso que, partiendo de elementos verosímiles y cotidianos - a veces en forma gradual y otras abruptamente - anula la realidad y nos traslada al ámbito de lo misterioso y de lo inexplicable. La incertidumbre proviene de la vacilación entre una explicación natural o una sobrenatural.

El escritor busca que el lector se pregunte acerca de la factibilidad de los sucesos; por eso elabora un relato verosímil, al que añade elementos extraños. Éste es el medio de producir la perplejidad y el suspenso, fuente de curiosidad, desazón, y, a veces, miedo para el lector.

Son prácticamente innumerables los medios de que se valen los autores de narraciones fantásticas una vez que han entrado en el proceso mental por el cual liberan su imaginación. Invaden tiempo, espacio, personajes, situaciones o todo a la vez.

Cuando el personaje es presa de las fuerzas sobrenaturales, si es un ser humano, puede sufrir entre otros el fenómeno de la metamorfosis. Si es cualquier elemento de la realidad -animales, objetos, muerte, espíritu- puede padecer el fenómeno de la animización y adquirir características propias del hombre. En ambos casos, se trata de transformaciones que ocurren sin intervención de magia alguna.



Si la invasión de lo fantástico se realiza por medio del tiempo y/o del espacio, se producen traslados a otros tiempos -ya al pasado como al futuro-, anacronismos parciales, retroceso en la propia historia, detención del tiempo, multiplicación en el tiempo, ruptura de las leyes físicas, transmutación de mundos. Cualquiera de estas alteraciones espacio-temporales, deben suceder sin explicación científica ni mágica.

Además de la metamorfosis, la animización y la ruptura del tiempo y del espacio, otro de los temas predilectos de los autores de cuentos fantásticos es el sueño: ambigüedad entre soñar y ser soñado, sueños comunes a varias personas, sueño con rastro en la vigilia, etc.

En síntesis, el cuento fantástico es aquel que, por la suma de elementos verosímiles y de elementos extraños e inexplicables, hace vacilar entre una explicación natural o sobrenatural y deja al lector sumido en la incertidumbre.

Suj, el sueño

*Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.
Chuang Tzu (300 A.C.)*

Existe una criatura de nombre Suj que tiene la consistencia de los sueños. Es antojadiza y voluble. Huésped oportunista del dormir de los hombres.

Suj apareció cuando el niño Shantu cerró los ojos una calurosa noche de verano. Y lo envolvió en un sueño pesado, lo embrujó con su aliento largo.

Aquella primera vez cobró la forma de un ave. Magnífica. Sus plumas tenían todos los colores conocidos. Sus alas desplegadas eran capaces de un vuelo perfecto.

Suj se asomó al mundo en un suspiro de Shantu y salió por la ventana abierta de par en par. Y planeó entre las estrellas. Y maravilló a todos los ojos de la noche. Y rodeó la luna con una estela azul, roja, verde, violeta...

En aquel sueño, Shantu pudo ver las montañas más altas volverse bosques y luego precipitarse como acantilados bajo el mar. Sintió el viento salado en su rostro y se detuvo en un campanario olvidado.

Cuando los primeros resplandores comenzaron a apagar estrellas, Suj volvió. Se deslizó como una hoja de otoño dentro del sueño de Shantu y cerró sus alas prodigiosas.

La siguiente noche, Suj tomó la forma de un felino. Animal espléndido que sorteó la ventana en un salto impecable. Atravesó distancias enormes con la velocidad de una flecha. Y fue por esos momentos que Shantu percibió los movimientos elásticos de los músculos, la mirada penetrante que atravesaba sombras, el pelaje de terciopelo acariciado por el viento. Y también pudo advertir el sudor temeroso de cada ser vivo que se cruzó en su camino; y olió el perfume del poder.

Suj se escurrió por selvas impenetrables hasta que quiso asomar el día, entonces, con la levedad de un beso se agazapó otra vez dentro del sueño de Shantu.

La tercera noche Suj tomó a Shantu por asalto. Se enroscó en el sopor del primer sueño y con vaivenes de serpiente lo arrojó a las profundidades. Resbaló hacia las entrañas del mundo por grietas estrechas y húmedas. Latió con el corazón oscuro de los volcanes y se sumergió en las arenas infinitas de los desiertos. Con la lengua abierta saboreó terrones corroídos y con colmillos afilados inyectó sus babas ponzoñosas a otras bestias. Cuando la noche se iba, reptó hacia Shantu y susurró en sus oídos un seseo final.

La cuarta y última noche Suj apareció como un insecto. El más pequeño de todos. Estuvo mucho, muchísimo tiempo para llegar a la ventana abierta. Con pasos minúsculos exploró los resquicios de la pared. Continuó su camino por surcos apenas visibles para los ojos de Shantu y descubrió la enormidad de formas que tiene la vida de lo diminuto. Se desplazó entre monumentos pegajosos de telarañas. Sorteó los peligros con destreza. Caminó boca arriba sin caer, y también atravesó los muros más sólidos.

Cuando el sol amenazaba la oscuridad, Suj estaba muy lejos.

Shantu se movió inquieto en la cama, sintió polvo de herrumbre bajo sus dedos.

Entonces, a Suj se le vino todo el cansancio de golpe. Quiso volar pero sintió las alas demasiado pesadas para un trayecto tan largo. Vencido por el sueño se acurrucó en una hendidura de hierro.

Y se durmió.

Profundamente.

Cayó en un sueño intenso.

Soñó que era un niño que dormía entre sábanas tibias.

A veces suspiraba y su aliento salía por la ventana abierta de par en par hacia la noche calurosa de verano.

Laura Escudero



El paisajista

El ejército de un poderoso emperador había conquistado con éxito unas tierras lejanas. El monarca no conocía aquellas fabulosas provincias. Un talentoso pintor fue enviado a esas tierras desconocidas con el fin de traer las imágenes pintadas.

El pintor viajó días y días hasta llegar al lugar indicado. Una vez allí, observó detenidamente el nuevo territorio; lo recorrió palmo a palmo, caminó por aquella magnífica geografía sin que sus ojos perdieran detalle. Cuando estuvo satisfecho, emprendió el regreso.

Sin embargo, al presentarse ante el emperador, no le entregó ninguna pintura, ni siquiera un boceto*. El monarca se mostró sorprendido y lo reprendió duramente. Entonces, el pintor solicitó que le permitiera usar una gran pared del palacio y que lo dejara solo hasta que el mural estuviese terminado. El pedido fue concedido y así, sobre ese enorme lienzo, el artista comenzó su trabajo.

La tarea le demandó varias semanas, durante las cuales el pintor apenas probó bocado; durmió unas pocas horas, sólo cuando el agotamiento lo vencía. Apasionado con su obra, mezcló colores en su gran paleta, combinó materiales y, de ese modo, lentamente, la inmensa pared comenzó a llenarse de formas, volúmenes, texturas, brillos, luces y sombras. Cada tanto, el maestro cerraba los ojos para evocar el tono exacto de una montaña bajo la luz del crepúsculo o en contorno de un árbol altísimo, de tronco rugoso y flores como perlas. Aquella lejanísima geografía comenzaba a cobrar vida y penetraba triunfante a través de los altos muros del palacio. Por fin, cuando la obra estuvo terminada, el artista mandó llamar al emperador.

El monarca se presentó, seguido de su séquito. El artista se acercó al muro pintado y le fue contando minuciosamente las características de aquel paisaje, la maravilla de sus montañas, sus ríos, sus cascadas, sus bosques. y contempló maravillado su gran fresco.

El monarca y su séquito fascinados tuvieron la impresión de que el viento agitaba los árboles, de que las flores exhalaban un suave aroma, de que el río los acunaba con su sonido. Un estrecho sendero aparecía en primer plano y parecía perderse en el espacio. Allí, la figura de un hombre con una paleta de colores que caminaba hacia el corazón del paisaje se perdió de vista.

En ese mismo instante desapareció todo: el pintor y el paisaje. La gran pared del palacio quedó desnuda, como si nunca hubiera sido pintada. El emperador atónito se dirigió a sus aposentos, seguido de su séquito. Todos estaban en silencio.

Cuento oriental - Adaptación

Consignas:

- 1) Teniendo en cuenta los temas con los que trabajan los autores de cuentos fantásticos, ¿cuál está presente en este relato? Extrae una expresión que fundamente tu respuesta.

- 2) Subraya las expresiones que evidencian la incertidumbre de los personajes ante el hecho fantástico.
- 3) Elabora la secuencia narrativa.

La tejedora

Se despertaba cuando todavía estaba oscuro, como si pudiera oír al sol llegando por detrás de los márgenes de la noche. Luego, se sentaba al telar. Comenzaba el día con una hebra clara. Era un trazo delicado del color de la luz que iba pasando entre los hilos extendidos, mientras afuera la claridad de la mañana dibujaba el horizonte.

Después, lanas más vivaces, lanas calientes iban tejiendo hora tras hora un largo tapiz que no acababa nunca.

[Si el sol era demasiado fuerte y los pétalos se desvanecían en el jardín, la joven mujer ponía en la lanzadera* gruesos hilos grisáceos del algodón más peludo. De la penumbra que traían las nubes, elegía rápidamente un hilo de plata que bordaba sobre el tejido con gruesos puntos. Entonces, la lluvia suave llegaba hasta la ventana a saludarla.]

Pero si durante muchos días el viento y el frío peleaban con las hojas y espantaban los pájaros, bastaba con que la joven tejiera con sus bellos hilos dorados para que el sol volviera a apaciguar a la naturaleza.

De esa manera, la muchacha pasaba sus días cruzando la lanzadera de un lado para el otro y llevando los grandes peines del telar para adelante y para atrás.

No le faltaba nada. Cuando tenía hambre, tejía un lindo pescado poniendo especial cuidado en las escamas. Y rápidamente el pescado estaba en la mesa esperando que lo comiese. Si tenía sed, entremezclaba en el tapiz una lana suave del color de la leche. Por la noche dormía tranquila después de pasar su hilo de oscuridad.

Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer.

Pero tejiendo y tejiendo ella misma trajo el tiempo en que se sintió sola. Y por primera vez pensó que sería bueno tener al lado un marido.

No esperó al día siguiente. Con el antojo de quien intenta hacer algo nuevo, comenzó a entremezclar en el tapiz las lanas y los colores que le darían compañía. Poco a poco, su deseo fue apareciendo. Sombrero con plumas, rostro barbado, cuerpo armonioso, zapatos lustrados. Estaba justamente a punto de tramar el último hilo de la punta de los zapatos cuando llamaron a la puerta.

Ni siquiera fue preciso que abriera. El joven puso la mano en el picaporte, se quitó el sombrero y fue entrando en su vida.



Aquella noche, recostada sobre su hombro, pensó en los lindos hijos que tendría para que su felicidad fuera aún mayor y fue feliz por algún tiempo. Pero si el hombre había pensado en hijos, pronto lo olvidó. Una vez que descubrió el poder del telar, sólo pensó en todas las cosas que éste podía darle.

Necesitamos una casa mejor- le dijo a su mujer. Y a ella le pareció justo, porque ahora eran dos. Le exigió que escogiera las más bellas lanas color ladrillo, hilos verdes para las puertas y las ventanas, y prisa para que la casa estuviera lista lo antes posible.

Pero una vez que la casa estuvo terminada, no le pareció suficiente.

¿Por qué tener una casa si podemos tener un palacio? -preguntó. Sin esperar respuesta, ordenó inmediatamente que fuera de piedra con terminaciones de plata.

Días y días, semanas y meses trabajó la joven tejiendo techos y puertas, patios y escaleras y salones y pozos. Afuera caía la nieve, pero ella no tenía tiempo para llamar al sol. Cuando llegaba la noche, ella no tenía tiempo para rematar el día. Tejía y entristecía, mientras los peines batían sin parar al ritmo de la lanzadera.

Finalmente el palacio quedó listo. Y entre tantos ambientes, el marido escogió para ella y su telar el cuarto más alto, en la torre más alta.

Es para que nadie sepa lo del tapiz -dijo. Y antes de poner llave a la puerta le advirtió: -Faltan los establos. ¡Y no olvides los caballos!

La mujer tejía sin descanso los caprichos de su marido, llenando el palacio de lujos, los cofres de monedas, las salas de criados. Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer y tejiendo y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que su tristeza le pareció más grande que el palacio, con riquezas y todo. Y por primera vez pensó que sería bueno estar sola nuevamente.

Sólo esperó a que llegara el anochecer. Se levantó mientras su marido dormía soñando con nuevas exigencias. Descalza, para no hacer ruido, subió la larga escalera de la torre y se sentó al telar.

[Esta vez no necesitó elegir ningún hilo. Tomó la lanzadera del revés y pasando velozmente de un lado para otro comenzó a destejer su tela. Destejió los caballos, los carruajes, los establos, los jardines. Luego destejió a los criados y al palacio con todas las maravillas que contenía. Y nuevamente se vio en su pequeña casa y sonrió mirando el jardín a través de la ventana.]

La noche estaba terminando cuando el marido se despertó extrañado por la dureza de la cama. Espantado miró a su alrededor. No tuvo tiempo de levantarse. Ella ya había comenzado a deshacer el oscuro dibujo de sus zapatos y él vio desaparecer sus pies esfumarse sus piernas. Rápidamente la nada subió por el cuerpo. Tomó el pecho armonioso, el sombrero con plumas.

Entonces como si hubiese percibido la llegada del sol, la muchacha eligió una hebra clara. Y fue pasándola lentamente entre los hilos como un delicado trazo de luz que la mañana repitió en la línea del horizonte.

Marina Colasanti

*Lanzadera: pieza de cerámica que usan los tejedores

Consignas:

- 1) ¿Qué característica del cuento fantástico puedes reconocer en La tejedora? Extrae un ejemplo que justifique tu respuesta.
- 2) Elabora con OUN la secuencia narrativa.
- 3) Relee los seis primeros párrafos y describe con dos adjetivos al personaje de la Tejedora según las acciones que ella realiza.
- 4) Explica el sentido de los siguientes fragmentos teniendo en cuenta lo que sucede en el relato:
 - a) *"Tejer era todo lo que quería hacer y tejiendo y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que su tristeza le pareció más grande que el palacio, con riquezas y todo."*
 - b) *"Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer. Pero tejiendo y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que se sintió sola".*
- 5) Establece una comparación entre los dos párrafos marcados con [].
- 6) Relee el último párrafo y luego el primero. ¿Por qué crees que el cuento culmina de esa manera? Fundamenta tu respuesta.
- 7) Producción: Respetando la manera en que el narrador cuenta la historia de La Tejedora, escribe un párrafo de aproximadamente 8 (ocho) renglones para agregarle al texto. Comienza de la siguiente manera: *"Una apacible tarde de primavera la Tejedora sintió la imperiosa necesidad de conocer el mar. Tomó sus hebras de lana y..."*
(Se evaluará en esta producción el uso de los tiempos verbales en la narración, el uso de recursos expresivos, la coherencia y la cohesión)



El abrazo frío

Era un artista; cosas como las que le sucedieron a él, les suceden a veces a los artistas.

Era alemán; cosas como las que le sucedieron a él, les suceden a veces a los alemanes.

Era joven, apuesto, estudioso, entusiasta, metafísico*, imprudente, incrédulo, despiadado.

Y siendo joven, apuesto y elocuente, era amado.

Era huérfano y estaba bajo la tutela del hermano de su padre muerto, su tío Wilhelm, en cuya casa había sido criado desde que era un niño; y la que lo amaba era su prima: su prima Gertrude, a quien a su vez él juró amar.

¿Él la amaba? Sí, cuando lo juró por primera vez. Pronto se desgastó este amor apasionado. ¿En qué sentimiento raído* y mísero se convirtió finalmente, en el corazón egoísta del estudiante! Pero en su dorado amanecer, cuando él solo tenía diecinueve años, y acababa de regresar de su aprendizaje con un gran pintor en Amberes*, se paseaban juntos -Gertrude y él- en los más románticos alrededores de la ciudad, a la hora de la rosada puesta del sol, bajo la luz de la luna, o en radiantes y felices mañanas. ¿Qué sueño más hermoso!

Guardaron el secreto para que no lo supiera Wilhelm, ya que él tenía la ambición paternal de un pretendiente adinerado para su única hija; una visión fría y lóbrega* frente al sueño de los amantes.

Así que se comprometieron; y de pie cuando el sol agonizante y la pálida luna que asoma dividen los cielos, él le puso el anillo de compromiso en el dedo, el dedo blanco cuya forma delgada él conocía tan bien. Este anillo era singular: una serpiente de oro maciza, con la cola en la boca, el símbolo de la eternidad; había sido de la madre de él, y él lo reconocería entre otros mil. Si al día siguiente se quedara ciego, podría reconocerlo entre mil solo por el tacto.

Se lo colocó en el dedo, y se juraron fidelidad el uno al otro, por siempre jamás: en los problemas y el peligro; en la tristeza y en el cambio; en la riqueza y en la pobreza.

Pronto habría que lograr el consentimiento del padre de ella a su unión, ya que ahora estaban prometidos, y solo la muerte podía separarlos.

Pero el joven estudiante, que se burlaba de las revelaciones* aunque era un entusiasta adorador de lo místico*, preguntó a su amada:

-¿Nos puede separar la muerte? Yo regresaría a ti desde la tumba, Gertrude. Mi alma volvería para estar cerca de mi amor. Y tú... tú, si murieras antes que yo... la fría tierra no te retendría, separada de mí; si me amaras, retornarías, y una vez más estos brazos se cerrarían alrededor de mi cuello, como lo están ahora.

Pero ella le dijo, con una luz en sus ojos azul profundo más sagrada que la que nunca brilló en los de él... le dijo que los muertos que mueren en paz con Dios son felices en el cielo, y no pueden regresar a la desconsolada tierra; y que es el impío* espíritu del suicida - el infeliz perdido, a quien los apesadumbrados ángeles le cierran las puertas del Paraíso -el que ronda tras los pasos de los vivientes.

El primer año de su compromiso pasó, y ella estaba sola, ya que él se había ido a Italia, por encargo de algún hombre rico, para copiar Rafaeles*, Tizianos*, Guidos*, en una galería de Florencia. El joven había ido a ganar fama, quizá; pero no por eso resultaba menos amarga la situación: ¡se había ido!

Por supuesto que el padre de ella extrañaba a su joven sobrino, que para él era un hijo; y pensaba que la tristeza de su hija no era más que la que una prima debería sentir por la ausencia de un primo.

Mientras tanto, pasaban las semanas y los meses. El amante escribió; al principio frecuentemente, luego muy de tanto en tanto... al final, nada de nada.

¡Cuántas excusas inventaba ella por él! ¡Cuántas veces iba a la lejana estafeta de correos, adonde él le remitía sus cartas! ¡Cuántas veces tenía esperanzas, solo para quedar desilusionada! ¡Cuántas veces se desesperaba, solo para volver a tener esperanzas!

Pero la verdadera desesperación finalmente llegó, y ya no sería aplazada. El rico pretendiente apareció en escena, y el padre estaba decidido. Debía casarse de inmediato. Se fijó la fecha de la boda: el quince de junio.

Esa fecha parecía abrasarle el cerebro.

Esa fecha, escrita con fuego, danzaba perpetuamente ante sus ojos.

Esa fecha, aullada por las furias, sonaba continuamente en sus oídos.

Pero todavía había tiempo -estaban a mediados de mayo-; había tiempo para que una carta llegase hasta él en Florencia; había tiempo para que él viniera a Brunswick*, se la llevara y se casara con ella, pese a su padre; pese al mundo entero.

Pero los días y las semanas pasaron volando, y él no escribía; él no venía. Esta era la verdadera desesperación, la que usurpaba su corazón, y no se marchitaría.

Era ya el catorce de junio. Por última vez, ella fue a la estafeta de correos; por última vez formuló la vieja pregunta, y le dieron por última vez la sombría respuesta:

-No. Ninguna carta.

Por última vez -ya que al día siguiente se celebraría la boda. Su padre no escucharía ninguna súplica; su rico pretendiente no le prestaría atención a sus rezos. No había aplazamiento posible; ni un día; ni una hora; únicamente esa noche era suya; esa noche, que ella podía usar como quisiera.

Volvió por otro camino que el que llevaba a su casa; se apresuró por las callejuelas de la ciudad, hasta un puente solitario, donde ambos habían estado juntos tantas veces a la puesta del sol, mirando el resplandor de color rosáceo que se desvanece y se apaga por encima del río.

Él regresaba de Florencia. Había recibido su carta. Esa carta borroneada por lágrimas, suplicante, desesperada... él la había recibido, pero ya no la amaba. Una joven florentina, que había posado para él como modelo, había cautivado su fantasía -esa fantasía que tenía en lugar de un corazón- y Gertrude había sido olvidada. Si ella tenía un rico pretendiente, muy bien; que se casara con él; mejor para ella, y mucho mejor para él mismo. No tenía ningún deseo de encadenarse a una esposa. ¿No tenía su arte, siempre? Su eterna novia.



Así, pensó que lo más sabio era demorar su viaje a Brunswick, de modo de llegar cuando el casamiento ya hubiera pasado; o llegar a tiempo para saludar a la novia.

¿Y las promesas, las fantasías místicas, la creencia en su regreso, aun después de la muerte, para abrazar al ser amado? Ah, se habían ido de su vida, esfumados para siempre, esos insensatos sueños de niñez.

Así que el quince de junio entró en Brunswick, por ese mismo puente en el que había estado ella, con las estrellas mirándola, la noche anterior. Su gran perro le pisaba los talones, y el humo de su pipa de espuma de mar hacía volutas* envolviéndolo de modo fantástico en el aire puro de la mañana. Tenía su cuaderno de bocetos* bajo el brazo, y atraído de tanto en tanto por algún objeto que captaba la atención del ojo del artista, se detenía a dibujar: unos hierbajos y piedritas al borde del río, un peñasco en la orilla opuesta, un grupo de árboles mochos en la distancia. Cuando hubo terminado, admiró sus dibujos, cerró su cuaderno de bocetos, vació la ceniza de su pipa, la volvió a llenar con su bolsita de tabaco, cantó el estribillo de una alegre canción de taberna, llamó a su perro, volvió a fumar y siguió caminando. De pronto volvió a abrir su cuaderno de bocetos: esta vez lo que lo atraía era un grupo de siluetas, ¿pero de qué se trataba?

No era un funeral, ya que no había dolientes.

No era un funeral, pero un cadáver yacía en un tosco ataúd, cubierto por una vieja vela, levado entre dos portadores.

No era un funeral, ya que los portadores eran pescadores: pescadores vestidos con su atuendo habitual.

A unos cien metros de él, depositaron su carga sobre un banco; uno estaba parado a la cabeza del ataúd, los otros se sentaron a sus pies.

Y así conformaban el grupo perfecto; él retrocedió dos o tres pasos, eligió un ángulo de visión y empezó a delinear un apresurado boceto. Lo terminó antes de que ellos se movieran; oyó sus voces, aunque no pudo oír sus palabras, y se preguntó de qué podían estar hablando. Entonces volvió a caminar y se les unió.

-¿Ustedes tienen allí un cadáver, amigos míos? -preguntó.

-Sí; un cadáver que apareció en la orilla hace una hora.

-Sí, ahogado. Una jovencita, muy bonita.

-Las suicidas siempre son bonitas -dijo el pintor; y luego se quedó allí parado un rato, ociosamente, fumando y meditando, mirando el nítido contorno del cadáver y los rígidos pliegues del tosco lienzo que lo cubría.

La vida era como unas eternas vacaciones para él -joven, ambicioso, inteligente-, a tal punto que parecía como si el pesar y la muerte no tuvieran la menor participación en su destino.

Finalmente dijo que, ya que esa pobre suicida era tan bonita, le gustaría hacer un boceto* de ella.

Les dio un poco de dinero a los pescadores, y ellos se ofrecieron a quitar la vela marinera que cubría sus rasgos.

No; lo haría él mismo. Levantó el áspero, tosco, húmedo lienzo, descubriendo su rostro. ¿Qué rostro?

El rostro que brilló en los sueños de su insensata niñez; el rostro que una vez fue la luz del hogar de su tío. ¡Su prima Gertrude... su prometida!

Vio, en una fugaz mirada mientras aspiraba hondo, los rígidos rasgos: los brazos de mármol, las manos cruzadas sobre el pecho frío: y, en el dedo medio de su mano izquierda, el anillo que había sido de su madre -la serpiente de oro; el anillo que, si él quedara ciego, reconocería solo con el tacto entre mil otros.

Pero era un genio y un metafísico: la pesadumbre, la verdadera pesadumbre, no estaba hecha para él. Su primera idea fue la huida -la huida de esa ciudad maldita, a cualquier lado lejos del remordimiento, a cualquier lado donde olvidar.

Se había alejado ya varios kilómetros por la carretera que partía a Brunswick antes de darse cuenta de que había dado un paso siquiera.

Recién cuando su perro se echó jadeando a sus pies sintió cuán agotado estaba él mismo, y se sentó sobre un banco a descansar. ¡Cómo giraba el paisaje dando vueltas y vueltas ante sus ojos deslumbrados, mientras el boceto de los dos pescadores de esa mañana y el ataúd cubierto por el lienzo le clavaban su vista roja desde el crepúsculo!

Finalmente, tras haber estado sentado mucho tiempo al costado del camino, jugando ociosamente con su perro, holgazaneando, con el aspecto que tendría cualquier ocioso estudiante de viaje, pero aun así todo el tiempo repitiendo la escena de esa mañana en su cerebro ardiente cien veces por minuto; finalmente, recobró un poco la cordura y trató de pensar en sí mismo, en su situación actual, aparte del suicidio de su prima. Fuera de eso, no estaba peor de lo que estaba ayer. Su genio no había desaparecido; el dinero que había ganado en Florencia todavía llenaba su billetera; era su propio amo, libre para ir donde quisiera.

Y mientras permanecía sentado a un lado del camino, tratando de separarse de la escena de esa mañana, tratando de apartar la imagen del cadáver cubierto con la húmeda vela de lienzo, tratando de pensar qué debería hacer a continuación, adónde debería ir para estar lo más lejos posible de Brunswick y del remordimiento, llegó la vieja diligencia*, retumbando y tintineando. La recordaba: iba de Brunswick a Aquisgrán*.

Le silbó al perro, le gritó al postillón* que parara, y saltó adentro del coche.

Durante toda la tarde, a lo largo de toda la noche, aunque no cerró los ojos ni una vez, no pronunció palabra; pero al rayar el alba, los otros pasajeros se despertaron y empezaron a hablar entre ellos, y él se les unió en la conversación. Les contó que era un artista, que se dirigía a Colonia* y a Amberes para hacer copias de Rubens*, y del cuadro de Quentin Matsys*, en el museo. Recordó, más tarde, que había hablado y reído ruidosamente, y que en el momento en que estaba hablando y riendo más fuerte, un pasajero, mayor y más grave que el resto, abrió la ventanilla que tenía más cerca y le dijo que sacara la cabeza y la dejara afuera. Recordó el aire fresco soplándole el rostro, el canto de los pájaros en los oídos, y los campos chatos y el costado del camino que tambaleaban ante sus ojos. Recordó esto, y que luego se desplomó cayendo como una masa sin vida al piso de la diligencia.

Era una fiebre que lo retuvo durante seis largas semanas en cama en un hotel de Aquisgrán.



Se recuperó y, acompañado por su perro, emprendió la marcha a pie hacia Colonia. Para entonces ya era otra vez el que siempre había sido. Una vez más el humo azul de su corta pipa de espuma de mar hacía volutas ascendentes en el aire de la mañana; una vez más cantaba alguna vieja canción de taberna de los universitarios; una vez más se detenía aquí y allá, meditando y haciendo bocetos.

Era feliz y había olvidado a su prima; y así siguió hasta Colonia.

Ahora estaba de pie ante la gran catedral, con su perro a su lado. Era de noche, las campanas acababan de dar la hora, y los relojes estaban marcando las once; la luz de la luna brillaba a pleno encima de la magnífica mole, sobre la cual se paseaba el ojo del artista, absorbido por la belleza de la forma.

No estaba pensando en su prima ahogada, ya que la había olvidado y era feliz.

De pronto alguien, algo detrás de él, le puso dos brazos fríos alrededor del cuello, y se aferró con las manos a su pecho.

Y sin embargo no había nadie detrás de él, ya que sobre las losas del pavimento, bañadas por la vasta luz de la luna vio solamente dos sombras, la suya propia y la del perro. Se dio vuelta rápidamente: no había nadie; nada a la vista en la ancha plaza, salvo él mismo y su perro; aunque los sentía, no veía los brazos fríos aferrados a su cuello.

No era fantasmal, este abrazo, ya que era palpable al tacto; no podía ser real, ya que era invisible.

Trató de librarse de la fría caricia. Agarró las manos con las suyas para separarlas y arrojarlas fuera de su cuello.

Pudo sentir los largos dedos delicados, fríos y húmedos, al tocarlos, y en el tercer dedo de la mano izquierda pudo reconocer el anillo que había sido de su madre: la serpiente de oro, el anillo que siempre había dicho que reconocería entre mil con solo tocarlo. ¡Ahora lo sabía!

Los brazos fríos de su prima muerta le rodeaban el cuello; las manos húmedas de su prima estaban unidas sobre su pecho. Se preguntó si estaba loco.

-¡Arriba, Leo! -gritó- ¡Arriba, arriba, muchacho! -y el terranova le saltó a los hombros; las zarpas del perro estaban sobre las manos muertas, pero entonces el animal emitió un aullido terrorífico y saltó apartándose de su amo.

El estudiante quedó de pie a la luz de la luna, los brazos muertos rodeándole el cuello, y el perro a poca distancia gimiendo lastimeramente.

En ese momento un vigilante, alarmado por el aullido del perro, vino a la plaza para ver cuál era el problema.

En lo que dura un suspiro, los brazos fríos habían desaparecido.

Se hizo acompañar por el vigilante hasta su hotel, y le dio dinero; en su gratitud, podría haberle dado al hombre la mitad de su pequeña fortuna.

¿Vendría otra vez hacia él, este abrazo de la muerta?

Trató de no quedarse nunca solo; se relacionó con cien personas, y compartió la habitación con otro estudiante.

Si lo dejaban solo en el salón público de la posada donde se alojaba, se ponía en movimiento y corría a la calle. La gente notaba sus extrañas acciones, y empezaron a creer que estaba loco.

Pero, pese a todo, se halló solo otra vez, ya que una noche el salón público quedó vacío un momento, y cuando salió, con cierta pereza, a la calle, esta también estaba vacía, y volvió a sentir los brazos fríos alrededor de su cuello; cuando llamó a su perro, el animal retrocedió huyendo de él con un aullido lastimero.

Luego de esto, se marchó a Colonia, viajando a pie -ahora por necesidad, porque se le estaba terminando el dinero. Se unió a los vendedores ambulantes, caminó codo a codo con los labradores, habló con todo viajero de a pie con el que se cruzó, y trató siempre de encontrar compañía en el camino, de la mañana a la noche.

Por la noche dormía al lado del fuego en la cocina de alguna posada en la que se detenía; pero hiciera lo que hiciera, a menudo se quedaba solo, y ahora era para él una cosa común sentir aquellos brazos glaciales rodeándole el cuello.

Habían pasado muchos meses desde la muerte de su prima: el otoño, el invierno, la primavera temprana. El dinero casi se le había acabado, su salud estaba completamente destrozada, era la sombra del que había sido, y estaba acercándose a París. Llegaría a la ciudad en la época del carnaval. Ansiaba eso. En París, en la época del carnaval, seguramente no tendría que quedarse solo nunca, no sentir nunca esa caricia mortal; tal vez hasta recuperase su alegría perdida, su salud perdida, y una vez más podría reanudar su profesión, una vez más ganase fama y dinero gracias a su arte.

¡Cuán esforzadamente trataba de salvar la distancia que lo separaba de París, mientras que día a día se ponía cada vez más débil, y su paso cada vez más lento y más pesado!

Pero, finalmente, su viaje llegó a término; las largas y monótonas carreteras quedaron atrás. Esta era París, en donde entraba por primera vez, París, con la que había soñado tanto; París, cuyo millón de voces exorcizarían* su fantasma.

A él, es noche en París le pareció un vasto caos de luces, música y confusión: las luces bailaban ante sus ojos y no se quedaban quietas; la música sonaba en sus oídos y lo ensordecía; la confusión hacía que su cabeza diera vueltas y más vueltas.

Pero, pese a todo, encontró la Ópera, donde había un baile de disfraces. Le quedaba suficiente dinero para comprar una entrada, y para alquilar un traje con capucha para ponerse encima de las ropas raídas*. Le pareció que solo había transcurrido un momento desde que entrara por las puertas de París, y ya estaba justo en el medio de la frenética alegría del baile de la Ópera.

Ya no había oscuridad, ya no había soledad, sino una loca multitud, gritando y bailando, y una encantadora muchacha colgada de su brazo.

La agitada alegría que sentía era seguramente su viejo desenfado que había regresado. Oía a la gente que lo rodeaba hablando de la vergonzosa conducta de cierto estudiante borracho, y era él a quien señalaban cuando lo decían; a él que no había humedecido los labios desde la víspera al mediodía, y que ni siquiera ahora bebería: aunque sus labios estaban resecos y le quemaba la garganta, no podía beber. Su voz era gruesa y ronca, y las palabras que emitía poco claras; pero aun así éste tenía que ser su viejo desenfado que había regresado, y que lo hacía sentir tan frenéticamente contento.



La muchacha estaba cansada; su brazo descansaba sobre el hombro de él, más pesado que el plomo; las otras chicas iban dejando de bailar una a una.

Las luces se fueron apagando; la decoración se veía pálida y sombría bajo la tenue luz que no era ni la de la noche ni la del día.

Un débil temblor de las lámparas que se apagaban, un pálido rayo de luz gris del día recién nacido, arrastrándose por los postigos* entreabiertos.

Y bajo esta luz, la muchacha de los ojos brillantes se apagaba tristemente. La miró a la cara. ¡Cómo se extinguía el brillo de sus ojos! De nuevo la miró a la cara. ¡Qué blanca se había puesto! Y ahora era la sombra de una cara sin cuerpo la que lo enfrentaba.

De nuevo y se habían ido los ojos brillantes, la cara, la sombra de la cara. Estaba solo, solo en el enorme salón. Solo, y, en el terrible silencio, oyó los ecos de sus propios pasos en esa sombría danza sin música.

No había otra música más que el latido de su pecho. Los brazos fríos le rodeaban el cuello; se arremolinaban rodeándolo, no se soltarían, no podría librarse de ellos; ya no podía escapar de la muerte. Miró detrás de él: no había nada, salvo él mismo y la gran *salle* vacía; sin embargo podía sentir - fríos, como de muerte, pero ¡oh, cuán palpables!- los largos dedos delgados, y el anillo que le había pertenecido a su madre.

Trató de gritar, pero no tenía fuerzas en su garganta ardiente. El silencio del lugar solo era roto por los ecos de sus propios pasos en el baile del que no podía librarse. ¿Quién dice que no tenía compañera? Las manos, heladas, estaban apretadas sobre su pecho, y ahora él no rechazaba su caricia. ¡No! Una polca más y caería muerto.

Las luces permanecieron apagadas, y, media hora más tarde, los policías llegaron con una linterna para comprobar que el edificio estuviera vacío; los seguía un gran perro que habían encontrado echado y aullando en las escalinatas del teatro.

Cerca de la entrada principal se tropezaron con... el cadáver de un estudiante, que había muerto de inanición, agotamiento y la rotura de un vaso sanguíneo.

Mary Elizabeth Braddon

*Amberes: Ciudad belga en la que vivieron muchos pintores famosos de la llamada escuela flamenca.

*Lóbrega: oscura, tenebrosa.

*Metafísico: Oscuro y difícil de comprender. /Parte de la filosofía que trata del ser en cuanto tal, y de sus propiedades, principios y causas primeras.

*Revelaciones: Manifestación de una verdad secreta u oculta.

*Místico: Estudio de lo espiritual relacionado con las fuerzas superiores, más allá de lo religioso.

*Impío: Impuro

*Rafael, Tiziano, Guido: Famosos pintores italianos.

* Boceto: m. Proyecto o apunte general previo a la ejecución de una obra artística.

*Volutas: Espiral; en este caso, el que forma el humo de la pipa.

*Diligencia: Carruaje que transportaba viajeros de una ciudad a otra.

*Aquisgrán: Ciudad cercana a la frontera de Alemania y de Bélgica, muy distante de Brunswick.

Colonia: es la cuarta ciudad más grande de Alemania.

*Rubens: Pintor alemán barroco de la escuela flamenca. Su estilo exuberante enfatiza el dinamismo, el color y la sensualidad.

*Exorcizarían: Expulsarían al demonio de alguien.

*La Ópera de París: Es una institución musical, una de las más antiguas de Europa.

Ráidas: Dicho de prendas o de tejidos, muy gastados por el uso, sin llegar a estar rotos.

Universos narrativos

Idioma Nacional

*Postillón: Mozo que guiaba a los viajeros y cambiaba los caballos de la diligencia si estaban cansados.

*Quentin Matsys: uno de los maestros que, como Rubens, pertenecía a la pintura flamenca.

* Postigos: Cada una de las puertas pequeñas que hay en las ventanas o contraventanas.



El cuento de ciencia ficción

El término ciencia-ficción fue creado por Hugo Gernsback en 1929. Une dos palabras que apuntan a significados que de alguna manera se contraponen. La "ciencia" con su rigor, objetividad y experimentación y la "ficción" con su fantasía e imaginación. Ambas intervienen en esta literatura, porque el escritor incluye los últimos avances científicos (cohetes, robots, computadoras) y los proyecta con la fantasía en una ficción.

Los temas se relacionan con el futuro de la humanidad, la extinción de la raza humana, la aventura espacial, naves interplanetarias, pluralidad de mundos, armas insólitas, monstruos de otros mundos y galaxias, ruptura del tiempo convencional, la relación del hombre con las máquinas, los adelantos biológicos y los experimentos científicos.

Los personajes pueden ser humanos que disfrutan o sufren con los adelantos tecnológicos, científicos y criaturas creadas en sus laboratorios (monstruos, resucitados, mutantes, etc.), seres de otros mundos (extraterrestres, alienígenas, etc.) y máquinas dotadas de características humanas (robots, computadoras, etc.).

Las categorías de tiempo y espacio se presentan en dimensiones distintas de las habituales. El túnel del tiempo permite avanzar o retroceder en los siglos; también aparecen la dimensión desconocida, los espacios paralelos.

En general, la trama sigue el curso lineal de la narración tradicional. El desarrollo lógico de las acciones permite un desenlace coherente.

Aunque anticipe situaciones del futuro, no es ése el objetivo fundamental que persiguen los escritores. Algunos ven la ciencia ficción como una manera de especular sobre el funcionamiento y el sentido del inmenso universo que la ciencia ha revelado en los últimos años; otros, como un instrumento que nos permite imaginar caminos posibles

para nuestra civilización. Las hipótesis sobre la sociedad del futuro pueden ser de dos tipos:

- ✓ Visión utópica: representa una sociedad ideal. Es optimista respecto a los avances de la ciencia, disfruta de las aplicaciones de la tecnología y anticipa desarrollos crecientes.*
- ✓ Visión distópica: representa una sociedad deformada o pervertida como consecuencia no deseada de esos avances. Plantea los riesgos que la ciencia y la tecnología podrían acarrear al hombre.*

Pero no basta con mostrar otros mundos posibles, describir sociedades futuras y los problemas que nos aguardan. El escritor de ciencia ficción debe mostrar cómo los seres humanos pueden idear y literalmente fabricar esos mundos futuros". Para Ben Bova "nuestro futuro está en gran medida en nuestras manos... el futuro, sea cual sea, nos pertenece. Lo creamos con nuestras acciones".

En síntesis, el relato de ciencia ficción es una narración científica cuyo conflicto tiene que ver con el uso que se le da a los avances científicos y/o tecnológicos y su influencia sobre el mundo y la vida de las personas.

Generalmente, denuncia deformaciones de la conducta humana, alerta sobre los excesos de la tecnología y procura que el lector reflexione sobre las condiciones actuales de la vida.

Asnos estúpidos

Naron, de la longeva* raza rigeliana, era el cuarto de su estirpe* que llevaba los anales* galácticos. Tenía en su poder el gran libro que contenía la lista de las numerosas razas de todas las galaxias que habían adquirido el don de la inteligencia, y el libro, mucho menor, en el que figuraban las que habían llegado a la madurez y poseían méritos para formar parte de la Federación Galáctica. En el primer libro habían tachado algunos nombres anotados con anterioridad: los de las razas que, por el motivo que fuere, habían fracasado. La mala fortuna, las deficiencias bioquímicas o biofísicas,



la falta de adaptación social se cobraban su tributo. Sin embargo, en el libro pequeño nunca se había tenido que tachar ninguno de los nombres anotados.

En aquel momento, Naron, enormemente corpulento e increíblemente anciano, levantó la vista al notar que se acercaba un mensajero.

-Naron -saludó el mensajero-. ¡Gran Señor!

-Bueno, bueno, ¿qué hay? Menos ceremonias.

-Otro grupo de organismos ha llegado a la madurez.

-Estupendo, estupendo. Hoy en día ascienden muy aprisa. Apenas pasa año sin que llegue un grupo nuevo. ¿Quiénes son?

El mensajero dio el número clave de la galaxia y las coordenadas del mundo en cuestión.

-Ah, sí -dijo Naron- lo conozco.

Y con buena letra cursiva anotó el dato en el primer libro, trasladando luego el nombre del planeta al segundo. Utilizaba, como de costumbre, el nombre bajo el cual era conocido el planeta por la fracción más numerosa de sus propios habitantes.

Escribió, pues: La Tierra.

-Estas criaturas nuevas -dijo luego- han establecido un récord. Ningún otro grupo ha pasado tan rápidamente de la inteligencia a la madurez. No será una equivocación, espero.

-De ningún modo, señor -respondió el mensajero.

-Han llegado al conocimiento de la energía termonuclear, ¿no es cierto?

-Sí, señor.

-Bien, ése es el requisito -Naron soltó una risita-. Sus naves sondearán pronto el espacio y se pondrán en contacto con la Federación.

-En realidad, señor -dijo el mensajero con renuencia*- , los observadores nos comunican que todavía no han penetrado en el espacio.

Naron se quedó atónito.

-¿Ni poco ni mucho? ¿No tienen siquiera una estación espacial?

-Todavía no, señor.

-Pero si poseen la energía termonuclear, ¿dónde realizan las pruebas y las explosiones?

-En su propio planeta, señor.

Naron se irguió en sus seis metros de estatura y tronó:

-¿En su propio planeta?

-Sí, señor.

Con gesto pausado, Naron sacó la pluma y tachó con una raya la última anotación en el libro pequeño. Era un hecho sin precedentes; pero es que Naron era muy sabio y capaz de ver lo inevitable, como nadie, en la galaxia.

-¡Asnos estúpidos! -murmuró.

Isaac Asimov

*Longeva: Que alcanza una edad muy avanzada.

*Estirpe: Raíz y tronco de una familia o linaje.

*Anales: [historia](#), narración de acontecimientos pasados.

*Renuencia: Resistencia que se muestra a hacer algo.

El catador de vinos

Me llamo, me dicen, Taste*-Vin.

Estoy otra vez ante la función, el momento que temo y que, sin embargo, es tan mío, tan mí mismo. Todo está listo. Los valets se desplazan con su color escarlata, ronroneando. Espío que traen los quesos, la gran tabla de madera cubierta con los quesos de la cuenca del Mediterráneo, cortados en pequeños dados.

Llega Won, el enigmático cocinero sibarita*. Ha decorado el dado de mi queso favorito -el *Saint Florentin*- con semillas de *dill**. Todos los 21 ojos del dado. La gente me mira. Won no me quiere bien, creo. Desearía sudar, pero no sé cómo. Tengo la impresión de que esto va a terminar mal y es más que una impresión: lo espío con mi olfato.

"Espío" es una palabra de la jerga de los catadores, de aquellos que tienen un don casi telepático con el sabor y con el olfato. Lo cierto es que poseo una lengua muy particular que espía la naturaleza íntima de un sabor y que me dice cosas que muchas veces ni yo mismo sé qué son. Un catador - yo por ejemplo - puede espiar las cualidades de un vino que nunca ha sido sorbido. Más no puedo decir, y además es mi arte. Soy el primer Catador de Vinos.

La fiesta sigue su inexorable curso y todos están alegres. Falta poco para mi acto pero eso no apremia a nadie, tengo que esperar, hay ciertas conversaciones que no pueden quedar truncas. Cuando se apagan las risas, Won aparece con un delantal verde. Trae en una antigua bandeja de hierro enlozado seis ánforas* de vino. Media docena de recipientes iguales, del mismo color y sin etiqueta.

Las idas y venidas de los valets se hacen imperceptibles. Llegó el momento. Tengo miedo, huele a electricidad.

-Es como los toros, Taste-Vin -Me dice Won y creo que se refiere a los circos de Creta. Afirmo con la cabeza, pero ya soy todo lengua. Debo despejar mi lengua.

El primer vino tiene color de ámbar, pero su textura no es densa. Hay algo de cristalino en él. Es límpido, con libre fluidez interna, aun en reposo. La línea, el color y porte de un vino dicen mucho simplemente con mirarlo, cuando todavía no he activado las papilas de mi lengua. Sin más, ya sé que es un vino seco.

-Es un vino seco - digo.

-¿Sí? -dice Won y el "sí" burlón de Won es como cuando un grande usa su ironía con un chico.

-Es un vino galáctico -afirmo.

Y de nuevo recibo el "sí" burlón y es una suerte que sepa enojarme. La rabia activa las papilas y despeja la lengua. Estoy despabilado y a lo mejor Won no me quiere mal, después de todo. Sí, me quiere mal.

Siento que nace el profesional en mí. Ya soy otro y mi mano es hábil. Elevo la copa a la altura de los ojos y le doy tiempo al líquido dorado para que recobre su reposo. Nadie habla. Se crea ese silencio sostenido de tambor de circo. Soy todo espectáculo.

Antes, alguna vez, creía que la gente admiraba mi arte y que me quería como artista. El aplauso es tan explosivo, sale tan espontáneo que me engañé. Confundí a toda la persona con sus manos, en realidad era sólo una complicidad



momentánea entre la mano impulsiva y la lengua mágica que espía. Pero eso es superficial, simple afinidad entre prestidigitadores*. La gente, en general, es inhumanamente fría, creo, la gente que conozco.

Los veinte invitados bordean la mesa larga. Hay algo perverso en el juego de las encías, en las pequeñas lenguas de aficionados. ¡Y sus bocas! Saturadas hasta la saciedad por la salsa de siete platos. ¿A qué me recuerda esto? Tres tigres comen trigo... Un toro en el circo de Creta.

Pero pon vino en mi mano y soy otro. Pan*, el dios Pan, fue un dios que se embriagaba. Algo de eso me pasa. El vino me intoxica con el afán de deslumbrar y de ser querido. Quiero que me quieran, que estalle la salva de aplausos, que digan "bravo" con sus pequeñas lenguas brutas. Con vino me olvido que ellos buscan el traspié de mi paladar, que desean ver la caída del Primer Catador de Vinos.

En el centro de la sala, la copa de vino dorado, trajo un aroma bien definido. Ese aroma era tan familiar que casi hubiese podido ser un vino de la Tierra, pero a un Primer Catador nunca se le presenta uno de esos vinos. Lo huelo una vez más, de cerca. Ya mi lengua, alertada por el olfato, inicia su mágico proceso de computar sensaciones. Ese don de mi lengua siempre me toma por sorpresa.

¿Y qué me dice este vino?

Tiene un sabor regional, proviene de un sector vecino de nuestra galaxia, de eso no me cabe la menor duda. Es seco, recio, alegre, sale de viñedos cultivados por hombres, ha fermentado en cubas de roble.

-Este es un vino seco, recio, alegre, humano - digo

-Empiezas bien, Taste-Vin -comenta Won, dándome una palmada.

La gente se ríe, aprueba, espera. Solo el caudillo Zwank permanece en silencio.

Murmuro que esto es como un circo con leones y Won no me oye y me pregunta qué quise decir y me encojo de hombros. Tengo que concentrarme.

¿Leones? ¡Es claro! El don de espiar y la vieja astrología me dan la clave. Estoy seguro de que es un vino que proviene del sector de Leo*. Tomo un sorbo, cuidando que mis labios lleguen a la segunda napa del vino. Con precisión de probeta dejo que unas gotas bañen la lengua y que al caer corra un reguero de sensaciones. El vino ahora forma un anillo bajo mi lengua, las papilas se esponjan en ese círculo de estímulos. Ahora solo falta emitir el clásico chasquido labiopalatino: el sello de mi profesión. Me expido:

-Este vino proviene de Cintra, de Pinares, de Regulus. Viene de la Constelación de Leo. Nació en uno de esos tres planetas. Ustedes me preguntarán ¿Cuál de ellos?

Un sí sostenido.

Pausa. Gozo estos momentos pánicos de embriaguez por mi arte. Sigue la pausa, otro sorbo, un chasquido. Explico:

-Como es sabido existen tres planetas vitivinícolas en el sector de Leo. Los tres se prestan para la vid de la Tierra. En Pinares hay una amplia zona subtropical propicia, un sol fuerte, aire seco. Además, la tierra arcillosa de Regulus...

-Basta de astrografía -corta el caudillo Zwank.

-Lo mínimo, Caudillo, lo mínimo.

No cabe duda, catar es el arte del suspenso que nadie puede interrumpir. Desde y con el vino hasta un caudillo es desafiante.

Con el tercer sorbo y su chasquido siempre voy a la napa madre del vino, al ello de la uva. Ahí está la propiedad de la vid, su secreto individual. Regulus y Pinares se pueden descartar, este vino tiene la cualidad áspera del primero y falta la disociación sabor-cuerpo de los viñedos de Pinares.

-Es de Cintra -afirmo.

Y era de Cintra nomás. Los veinte sibaritas, los codos sobre la mesa, permanecen en silencio. Algunos bajan la vista consultando la cinta de papel, para cerciorarse de lo que ya saben.

Sorbo, anillo, chasquido.

-Cintra es un planeta caprichoso. La vid se encuentra cómoda en esa tierra de altibajos climáticos. Para nuestro fin tenemos que considerar primero los viñedos meridionales, la zona de Latombe.

Sorbo, anillo, chasquido.

-No, no detecto al signo de Latombe.

Zwank se pone impaciente, mi estilo parece agradarle menos últimamente.

Pasemos al jaque mate:

-Caudillo Zwank, señoras y señores, este vino se fermenta en los toneles del valle meridional del Monte Epis. Cosecha del año 3614. Es un buen vino.

Aplausos, coro de aplausos. Una mujer de verde se acerca y exclama:

-¡Bravo, bravísimo! - casi me dice "Maestro". En esos momentos creo que la gente me quiere, creo que me perdonan la inevitable desilusión del acierto. No hay que olvidar que los sibaritas admiran la perfección, el triple salto mortal. Y se salta sin red.

Won trajo la próxima bandeja de vinos.

La segunda ánfora que se me presenta contiene un líquido lechoso, sombrío, achocolatado y su densidad es casi repelente. Lo viscoso suele ser malintencionado y las moscas lo saben. Pero resulta ser un vino, un vinito interesante. Al activar mi lengua, fue su propia densidad, la consistencia desusada, lo que me puso sobre la pista. Me decía que era un vino de un planeta con muy poca gravedad, más que planeta, asteroide.

¿Asteroides, asteroides, cuáles son? Mi lengua inicia un erudito descarte y los posibles candidatos pronto se reducen a cinco. Un sorbo en la napa madre, el anillo, el chasquido y el problema está procesado y resuelto.

-Este vino es un Chateau-Bayonne, procedente del asteroide Nueva Vasconia. ¿El año? Diría que una década después de la inducción atmosférica. ¿3650? Es un vino nuevo. Un cordero, en realidad, con piel de lobo y ojos de cocoa.

Nueva ronda de aplausos pero en un tono menor esta vez. La tradición dice que el segundo vino catado es el más fácil, sirve de entremés para el plato fuerte.

Que uno espíe o no espíe, la expectativa es una presencia aérea, caminando por los techos, trepándose al suelo en husos de tensión. Una conspiración en los ademanes, en las risas, en el ruido de las sillas y de la porcelana. Es un desorden nervioso, un poco frenético y los sibaritas se descargan en un gran tic de movimientos superfluos, para soportar luego mejor la inmovilidad del acto vivo. Hasta mis vértebras aceradas necesitan algo como aceite, que las relaje.



Won se ríe y en un costado de la sala habla en voz baja con el caudillo Zwank. Cosa rara, el caudillo también se ríe, creo que...

Zas, se apagó la luz. La conspiración se multiplica en la oscuridad. Uno tiene más miedo sin luz. Todo negro por fuera y también por dentro, mi lamparita de pensar se ha apagado. ¿Son ideas mías o aquí está pasando algo raro?

Se enciende primero el candelabro del centro y los valets traen más velas. Zwank -¡Zwank!- viene hacia mí. ¿Eso es para crear efecto? Se apaga el último carraspeo y comienza el silencio. Tengo que admitir que eso es hermoso, la mesa larga, la luz de vela, el brillo de las joyas, las fuentes de plata, las ánforas de vino, las mujeres de todos los colores. ¿Dónde está la mujer de verde?

-¿A ojos tapados, Taste-Vin? -pregunta el caudillo Zwank. ¿Cuál es la necesidad de las preguntas inútiles? Un paño negro cubre siempre los ojos del Primer Catador de Vinos en la última prueba.

-Sí.

Quisiera saber quién anuda la franja de terciopelo. Seguro que no es un valet. Won, quizás. Pero hay algo tierno en la mariposa del nudo. ¿La mujer de verde? Pero dime, ¿qué te importa! Taste-Vin, Taste-Vin, despeja tu lengua.

Llega la bandeja con el tintineo de cristal, con cristal sobre la loza. Alguien vuelca en la copa, cerca, el líquido. Momento importante. Y aquí estoy, con los ojos tapados, husmeando, negro por dentro, asustado, tanteando en un peligroso juego de la gallina ciega. Mejor hablarme en voz alta.

-A ver... a ver... sí, el vino cayó ligero como agua cristalina... un sonido muy diferente al vino anterior.

Murmullos.

-Silencio, por favor -dije

-Silencio -dijo el caudillo Zwank.

-A ver... a ver... vino espumante no es... un vino dulce, tampoco tiene ese timbre.

Alguien retuvo el aliento y se escuchó un chistido.

Despeja tu lengua, Taste-Vin.

Alargo mi mano, busco el tallo de la copa que luego gira en mis dedos. Hay que imprimirle vueltas y vueltas al vino y, al hacerlo girar, uno tiene que embalsarse en su ritmo, bailar con él, que su cuerpo hable. El vino es una mujer. ¿Pero qué pasa? Este vino no baila, no habla, es solo un insulso círculo vicioso. Háblame, vinito, por favor, háblame. Juega conmigo, soy tu pareja, vinito amigo.

-¡Bravo, bravísimo! -había exclamado la mujer de verde.

Un artista, un ser de fina sensibilidad. Sí, señores: soy el Primer Catador de Vinos. Pero tengo miedo. Won, Won, tengo miedo. Señora de verde, tengo un miedo que duele.

Este vino no me dice nada.

¿Qué pasó? ¿Lo pensé, lo murmuré, lo dije, lo grité? No sé. Sólo sé que este vino no me dice nada.

Acercó el vino a mi nariz. Inspiro lentamente, imprimiéndole un ligero efecto a la copa.

-Este vino... -empiezo a decir y me detengo: hay una total ausencia de aroma.

Pero no puede ser. Mis papilas están mudas, no me dicen absolutamente nada. Ningún olor sale de la copa, y hasta el silencio de los sibaritas tiene un olor. Es acre.

Este es el momento de tomar la decisión insólita de abandonar. Puedo dar algún pretexto, no sé, cualquier cosa; el apagón de las luces ha estropeado mi concentración, por ejemplo. Quizá el caudillo Zwank comprenda. Siento una vibración como de simpatía en los sibaritas. A lo mejor..

Pero no. Soy el Primer Catador de Vinos. Nadie más que yo sabe lo cobarde que soy. Tengo que beber, probar la primera napa, por lo menos. Con un solo ademán y sin temblar llevo la copa a los labios y apuro el trago. El líquido cae frío, huidizo sobre mi lengua y luego forma un anillo salado, muy salado..

Un resplandor de fognazo estalla en mi cabeza y voy percibiendo la sorda cadena de cortocircuitos que van zigzagueando por mi cuerpo, los mil calambres de la electricidad. Débilmente escucho la voz del caudillo Zwank que explica:

-...ya que, como ustedes quizá sepan, las células submaxilares de estos robots no aguantan el líquido salino isotónico. O sea: agua salada. El pobre diablo ha bebido el líquido de sus propias baterías..

Si yo no soy un robot, quise decir, pero mi voz ya no tiene volumen. La carcajada de la señora de verde se esfuma. Después, nada.

Emilio Rodríguez: Cuentos con humanos, androides y robots. Antología.

*Taste: en inglés significa "sabor", "gusto".

*Sibarita: Dicho de una persona, que se trata con mucho regalo y refinamiento.

*Ánforas: Cántaro alto y estrecho, de cuello largo, con dos asas, terminado en punta, y muy usado por los antiguos griegos y romanos.

*Prestidigitadores: Personas que hacen juegos de manos y otros trucos.

*Pan: semidiós de los pastores y rebaños en la mitología griega.

*Leo: una de las constelaciones del zodiaco, que contiene muchas estrellas brillantes.